10714

ANTONIO PASO y JOSÉ SÁNCHEZ GERONA

¡¡Tío de mi vida!!

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN PROSA.

500

Copyright, by A. Paso y J. Sánchez Gerona, 1921

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1921

¡¡TÍO DE MI VIDA!!

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le spays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

¡¡TIO DE MI VIDA!!

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO PASO y JOSÉ SÁNCHEZ GERONA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 26 de marzo de 1921

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO M 551
1921

A Mariano Asquerino.

Que fué el primero que auguró el gran éxito de este juguete.

Sus admiradores,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TRINIDAD	Srta. Redondo.
CASIMIRA	Sra. Sánchez Ariño.
MISERICORDIA	Andrés.
FERMINA	Comendador.
CAROLA	Srta. Lobo.
LA INGLESITA	León.
EMILIA	Posada.
JOSEFINA	Granda.
LUZ	Redondo (I.)
FLAVIO	Sr. León.
PERFECTO	Asquerino.
PRIMITIVO	Tudela.
CARO	Tordesillas.
DOMINGO	Roa.
CORBEJÓN	Górriz.
CAMARERO	Tobías.
PAQUITO	Córdoba.
GONZALO	Navarro.
FERNANDO	Fernández.
MOZO 1.º	Terry.
MOZO 2.º	N. N.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

La escena aparece dividida en dos habitaciones: la de la derecha es un gabinete elegante, con puerta al foro y dos a la derecha, que se supone comunican con las otras habitaciones; a la izquierda, en la división, puerta que comunica con la otra pieza que es un gabinete de estudio-laboratorio, en el que se ven retortas, alambiques, probetas, hornillos, etc., etc., diseminados a gusto del director de escena. Como muebles indispensables en el laboratorio, una mesa junto al muro de la izquierda, precisamente frente a la puerta de la división, silla y una «chaisse longue». En el centro de la pared del fondo un armario, en donde hay blusas de trabajo colgadas y un maniquí de hombre vestido con blusa y cuya cabeza, vista por detrás, debe ser lo más parecida a la de «Perfecto». Este armario está cerrado, y encima de él, también, frascos, etcétera, etc. En el fondo, a la derecha del armario, ventana de cristales, por la que se ve un jardín. En el testero de la izquierda y cerca del foro, puerta que se supone comunica con el jardín.

Al empezar la acción, se supone que son las cuatro de la tarde, últimos días de Agosto.

—

(Al levantarse el telón, DOMINGO, criado, con delantal, está poniendo en orden los tubos de ensayo y limpiando con un plumero el laboratorio. Cuando ha trasteado algún tiempo en silencio, se para en el centro y contempla con orgullo su trabajo.)

DOM. ¡Milagro! ¡Hoy no he roto nada! Bueno, este éxito merece un premio, que bien pudiera ser este puro, (Por uno que hay sobre la mesa.) que seguramente no se acordará el señorito que se lo ha dejado aquí. No parece muy bueno, pero para lo que me va a costar es barato. (Leyendo la faja.) Es Caruncho. (Guardándoselo.) Para después de cenar. Ahora que

672934

yo creo que me merezco un premio y un accesit y me lo voy a otorgar también, consistente en un trago de Anís del Mono. (Leyendo las etiquetas de los frascos.) «Cianuro potásico»... «Sublimado corrosivo»... «Acido prúsico»... Este es. (Coge la botella y bebe.) ¡Hay que ver cómo está este ácido prúsico de Badalona! ¡Este señorito es de un ingenio!... Al demonio se le ocurre llamar sublimado a la ginebra y tintura de yodo al vino de Málaga. Como que si no es por lo de la muela no me entero en la vida. Pues no le tenía yo miedo a estos frascos con sus etiquetas gritando *¡Veneno!*, y esas calaveras... pero se me ocurrió ponerme una hila de cloroformo para calmarme el dolor, echo unas gotas sobre ella, me la introduzco en la muela y el anestésico resultó un aguardiente de Rute que quitaba la cabeza... Como que me pasé toda la tarde empapando hilas en el tarro. Bueno, me voy a adjudicar otro accesit. (Echa otro trago, coloca el frasco en su sitio y se deja caer sobre la «chaisse-longue».) ¡Ay, cuánto gozaría yo si pudiera echar una siesta como los amos! ¡Con lo que me gusta dormir!... Sobre todo por las mañanas... Cuidao que es raro; precisamente al levantarme es cuando siento más ganas de dormir. Y es que debía uno acostarse cuando se levanta.

(Por la segunda derecha se oye la voz de CASIMIRA que llama.)

CAS. ¡Domingo! ¡Domingo!

DOM. (Levantándose y pasando del laboratorio al gabinete.) ¡La señora!

CAS. (Saliendo por el foro con una caja de cigarrillos.) ¿Qué hacías?

DOM. Limpiando el cuarto de estudio del señorito.

CAS. ¿Cuántas cosas has roto hoy?

DOM. Ninguna.

CAS. ¡Milagro!

DOM. (Aparte.) Lo mismo que me he dicho yo. (Se oye un timbre dentro.)

CAS Bueno, toma, éntrale estos cigarrillos al señor, que yo voy a convencerme de que no has roto nada. (Se dirije al laboratorio y desde la puerta le dice.) ¡Ah! ¿Fuiste a casa de doña Leonor a preguntar cómo seguía?

DOM. Sí, señora.

CAS. ¿Tuviste cuidado de decir que ibas de nuestra parte?

DOM. Sí, señora.

CAS Está bien. (Entra en el laboratorio y examina los frascos, etc.)

DOM. ¡Eso!, y no me pregunta cómo está... Pues no está más que agonizando. Ahora que como yo el recao lo he hecho bien, me merezco otro accesit y me lo voy a adjudicar ahora mismo. (Abre la caja y saca unos cuantos cigarrillos que se los guarda. En esta operación, y antes de cerrar la caja, entra CARO por la puerta del foro. Caro es un tipo madrileño, de unos treinta y cinco años, un poco achulado.)

CARO (Entrando.) ¿El señor Sobrino?

DOM. ¿Qué sobrino?

CARO Un señor Sobrino.

DOM. Es que en la casa hay tres Sobrinos. (Al accionar con la caja, Caro le coge un pitillo.)

CARO ¿Son confeccionados en casa?

DOM. Son para el reuma.

CARO Precisamente de los que yo gasto. (Lo enciende.)

DOM. (Aparte.) Vaya un tío fresco.

CARO Bueno, pues yo vengo...

DOM. (Cortándole.) De Guadarrama, no tiene que...

CARO Yo vengo buscando a un señor que se llama Sobrino y que habita este hotelito.

DOM. ¿Padre o hijo?

CARO Sobrino.

DOM. Pero es que hay un Sobrino que es padre, otro Sobrino que es hijo y otro Sobrino que es hermano y tío, respectivamente.

CARO Mire, vasallo, a mí los jeroglíficos me atacan a la nuca, de modo y manera que dígame usted la solución, porque no estoy para perder el tiempo.

DOM. Lo mejor es que hable usted con la señora, que está aquí precisamente y...

CARO Me es superficial.

DOM. (Llamando en la puerta del laboratorio.) Señora.

CAS. ¿Qué hay?

DOM Un señor.

CARO El señor Caro. Dígale usted que está Caro.

DOM. (Cruzando en dirección de la puerta de la derecha.) Eso se lo dice usted si quiere. ¡Pues buena es la señora para los precios! (Hace mutis.)

CAS. (Entrando.) Usted dirá...

CARO (Con solemnidad.) El asunto que me trae a esta su casa, es muy delicao y no se puede exponer a los cuatro vientos, por eso, por lo delicao que es.

CAS. Puede usted hablar, pero antes hágame el obsequio de sentarse. (Le indica una butaquita.)

CARO Le agradezco la coquetona, porque esto está un paseo. (Pausa.) Supongo que usted será la costilla del señor Sobrino.

CAS Su esposa soy.

CARO Y como es clarividente estará usted al tanto de tós los negocios de su marido.

CAS Claro que sí.

CARO Entonces, sabrá usted que hace unos meses se encontraba un poco... usted me comprende.

CAS. Ni poco ni mucho.

CAR. Señor, que estaba hasta aquí, vamos. (Señalando al cuello.) Ahora me habrá comprendido.

CAS Menos que antes.

CARO Apurado de dinero, ¡vaya!

CAS ¡Mi marido!

CARO Le advierto a usted que yo me he ido de la lengua, porque usted me ha asegurado que estaba enterada de sus negocios.

CAS. Y se lo repito, y precisamente por eso...

(Por la primera de la derecha sale PRIMITIVO, seguido de DOMINGO que hace mutis por el foro. Primitivo habla con voz campanuda y gran prosopopeya.)

PRIM. Cada día me haces menos cigarros...

CAS. A propósito, a ver si tú comprendes lo que este señor quiere decir.

CARO ¿Pero este caballero es su esposo?

PRIM. Desde hace treinta años.

CARO No es este.

CAS. ¿Cómo que no?

CARO Que no es el que yo busco.

PRIM. ¿Pero usted a quién busca?

CARO A un señor que se llama Sobrino y que vive precisamente aquí. Ahora que sin que esto sea ofenderle, el que yo digo es...

CAS Un poco feo, ¿verdad?

CARO ¡Phs! Un susto no digo yo que dé, pero sobrecoger, sobrecoge.

PRIM. Bajo de estatura.

CARO ¡Phs! Con sombrero de copa todavía se le divisa, ahora con flexible se difumina.

CAS. ¡El es! Tonta de mí que no he caído antes. En cuanto me habló usted de apuros de dinero. (A su marido.) Tu hermano Flavio.

CARO Eso es, Flavio, yo no me he atrevido a llamarle por el mote por...

PRIM. Flavio es el nombre que le pusieron sus padres.

CARO Pues me lo ponen a mí y no es disgusto el que les doy... pero en fin, después de to a mí eso me es superficial.

PRIM. Sí, vamos a lo importante, ¿qué nueva acción reprobable ha cometido mi hermano?

CARO El no tener dinero no es vergonzoso.

CAS. En él sí.

PRIM. Casimira, te ruego que no te excites y me dejes a mí. ¿De modo que don Flavio Sobrino...?

CARO ¡Phs! Total nada... Un préstamo...

PRIM. ¿Pero a cuánto asciende?

CARO ¡Phs! El caso es que mucho... mucho... Ahora que como hace tiempo... pues los intereses...

PRIM. ¿El total pregunto?

CAS. Si me quieres hacer caso, déjate de preguntas y allá se las arregle él.

CARO El total no es cosa pa arruinar a nadie, ahora que si en un plazo brevísimo no se hace efectivo pues se puede llegar... ¡qué se yo!, al embargo de los bienes muebles, inmuebles y de los otros... (Echando una ojeada a la habitación.) ¡Sobre todo al de los muebles!

PRIM. Le advierto a usted que él vive con nosotros, pero la casa es nuestra.

CARO Entonces, peor que peor, porque ha hecho afirmaciones gratuitas que hay que cobrar apesar de ser gratuitas y quién sabe si además de la acción civil pudiera resultar una criminal.

PRIM. ¡Dios mío, qué vergüenza para nuestro nombre!

CAS. ¡Un Sobrino en la cárcel!

CARO ¡Anda! Hay quien tiene toda la familia en presidio y como si la tuviera veraneando en Trouville.

PRIM. ¿De modo...?

CARO (Levantándose.) Me va usted a perdonar pero no siendo usted el interesado mi deber es retirarme sin dejar traslucir a las personas

que le rodean el objeto de mi visita, porque los asuntos de mi profesión requieren ser tratados con discreción absoluta, como creo haberlo hecho. Timoteo Caro, Tesoro, 14. Dinero con discreción y reserva. Intereses módicos. De cinco a ocho, los días no jocosos, vulgo festivos; servidor de ustedes.

(Hace mutis por el foro. Primitivo y Casimira quedan como anonadados.)

CAS ¿Qué me dices de esto?

PRIM. Casimira, por favor, nada de escenas, te lo suplico, bastante amargado estoy con tener un hermano como ese que mi padre tuvo a bien darme.

CAS. Y ya que te lo dió, debía haberte dado mas dinero porque nos va a arruinar.

PRIM. Llevas razón, ¡pero es mi hermano!

CAS. ¡Una bala perdida!

PRIM. Una bala, ¡pero hermano!

CAS. Un tenorio de la peor especie... Jugador, borracho, quimerista, mujeriego y además un hipócrita... Porque siquiera don Juan...

PRIM. ¿Qué don Juan?

CAS. Don Juan Tenorio. Aquél era gallardo y calavera, pero este...

PRIM. Este no será gallardo, pero al paso que va no tardará mucho en ser calavera.

CAS. Primitivo, conven conmigo en que esto no puede continuar así. Tu hermano no tiene derecho a arruinarnos; sobre todo no olvides que tenemos un hijo por quien velar; la presencia de Flavio en esta casa es desmoralizadora, apesar de los cuidados paternales de que rodeamos a Perfecto, para ocultarle la conducta de su tío...

PRIM. (Cortándole.) Si tienes razón, es evidente que puede llegar hasta él el eco de tantas liviandades, de licencia tanta, que puede salpicarle el lodo en que mi desgraciado hermano se revuelca, porque como he dicho antes es mi hermano, pero se revuelca.

CAS. Y si tú mismo convienes en este peligro, ¿por qué no planteas de una vez la cuestión?

PRIM. Ya te dije que le hablé muy seriamente y prometió enmendarse.

CAS. Pues ya ves la enmienda; entramparse de nuevo.

PRIM. Es que según este señor Caro, esta deuda es anterior a mi ultimatum.

CAS. (Viendo llegar a Perfecto que entra por el foro.) ¡Chis! Nuestro hijo.

(Por el foro entra PERFECTO de unos veintiseis años, viste bien.)

PER. Buenas tardes, papá. (Besando a Casimira.) Mamaíta. ¿Han dormido bien la siesta?

CAS. Ojalá durmiésemos aún.

PRIM. ¡Casimira, por Dios!...

PER. ¿Qué pasa?

PRIM. No, nada...

CAS. Sí, pasa, ¿por qué negarlo? Acabamos de tener otro disgusto que tu tiito nos ha proporcionado.

PER. Alguna pequeñez, como si lo viera.

PRIM. No lo defiendas que no tiene defensa.

PER. Si no es defenderle; es que ustedes le tienen manía.

CAS. Como se conoce que ignoras, a Dios gracias, la mitad de las trapacerías de tu tío, de tu tito, como tú cariñosamente le llamas.

PRIM. Sí, hijo sí, duro me es confesarlo, pero si las conocieses serías el primero en anatematizarlas.

CAS. Seguramente las anatima... tima... toma...

PRIM. Anatematizarías.

CAS. Es que estoy tan nerviosa que ni a hablar acierto.

PER. No sé... pero a mí me parece que lo que tanto os escandaliza es... es... disculpable en un individuo como tito Flavio, que es soltero, libre de sus acciones...

CAS. ¡Demasiado libre!

PER. Después de todo, no debe cuentas a nadie.

PRIM. ¿Cómo que no? ¡A medio Madrid! Y se encuentra en esa situación porque ha dilapidado su fortuna. ¿Cómo, cuándo y por qué la ha dilapidado? ¡Misterio!

CAS. En vestir no será, seguramente.

PRIM. Fumar no fuma...

CAS. ¿Cómo que no?

PRIM. No fuma más que de mi tabaco.

CAS. Aquí, a excepción de algún postre de dulce o alguna fruta que trae...

PRIM. Y eso de la fruta es de higos a brevas.

CAS. No da nada, como sabes. ¿En dónde ha tirado lo que tenía, que si no para arrastrar

coche le permitía vivir con desahogo? Por supuesto, que ya sé yo dónde.

PRIM. En orgías, en liviandades, en...

(Aparece DOMINGO por el foro)

DOM. El señorito Flavio no está en casa, ¿verdad?

PRIM. Demasiado sabes que no.

DOM. Como algunas veces suele entrar con el señorito Perfecto por la puerta del jardín...

CAS. Bueno, pero, ¿para qué necesitas al señorito Flavio?

DOM. Es un recado que traen, al parecer muy urgente, invitándole a comer.

PRIM. ¿De quién?

DOM. De parte de un tal don Trinidad.

PER. (Que a las palabras del criado ha prestado una atención nerviosa, dá un salto.) ¡Trinidad!

CAS. ¿Qué te ocurre?

PER. No... nada... que precisamente conozco a un tal don Trinidad, profesor auxiliar que fué de mi clase... ¡un sabio!

CAS. Pues no te preocupes, que tu tío no se junta con sabios.

PER. ¿De modo que el recado ha sido?...

DOM. Que don Trinidad espera al señorito Flavio, y que si tarda más de quince minutos, vendrá él mismo a buscarle.

PER. (Aparte.) ¡Demonio!

CAS. ¿Y quién ha traído ese recado tan poco cortés?

DOM. Una vieja no muy bien vestida...

PER. Pues dile que el señorito, fíjate bien, que el señorito no está en casa, pero que en cuanto venga irá. A ver si lo repites exactamente.

DOM. Un fonógrafo. (Hace mutis.)

CAS. Haces mal en disculpar a tu tío.

PRIM. Sí, porque a mí eso de don Trinidad me da mala espina.

CAS. A mí también me huele a otra cosa.

PER. ¿Y por qué no ha de ser verdad?

CAS. Calla, calla, que tienes un corazón que es una bizcochada.

PRIM. ¡Y ojalá lo conserve así toda la vida!

(Suena dentro un timbre dos veces, luego otras dos y así sucesivamente.)

LOS TRES Ahí está.

CAS. Hasta su manera de llamar me pone nerviosa, es de una insolencia y de un descaro...

PRIM. Sí, verdaderamente hay que llamarle al orden.

PER. Yo, con vuestro permiso, me retiro, no quiero presenciar... Me disgusta que riñáis al tío... Voy a estudiar y que nadie me interrumpa.

CAS. Estudiar... ¿Pero no te basta con la mañana?... Vas a caer enfermo.

PRIM. Tu madre lleva razón, es necesario que des algún descanso al cerebro. Te falta un año para ser todo un ingeniero industrial.

PER. Sí, pero es que la química me enamora, papá... ¡Ah, los misteriosos secretos de la química!...

PRIM. Tiempo tienes de todo, pero no fatigues esa cabeza.

CAS. Yo me temo que un día le dé una congestión.

PER. No os preocupéis. (Entrando al laboratorio.) Quedamos en que no se me molestará.

CAS. ¡Qué santo te ha dado Dios por hijo!

PRIM. Es la compensación del hermano que me ha dado.

(Por el foro entra FLAVIO, de unos cuarenta y cinco años. Viste un traje pasado de moda. Es bastante feo pero de una gran bondad y simpatía, aunque se quiere revestir de aire malévolo.)

FLAVIO (Entrando.) ¡Salud y fraternidad! (Primitivo y Casimira se han vuelto de espaldas y no le contestan.) Alegría y *ainda mais.*

PRIM. No insistas, te lo ruego; jamás contestaremos a saludos de esa especie.

FLAVIO (Fingiendo una burlona devoción.) Bueno, pues *Deo gracias.*

CAS. (Aparte.) ¡Qué cinismo!

PRIM. Flavio, tenemos que hablar seriamente.

FLAVIO Ya sabes que para mí un deseo tuyo es un mandato.

PRIM. Así debiera ser.

CAS. No le robes su tiempo, ya sabes que le espera el señor ese don...

FLAVIO (Con resignación.) Trinidad; ya me lo ha dicho Domingo, pero no importa.

PRIN. Siendo así, siéntate.

(Durante esto, Perfecto, que al entrar en el laboratorio habrá corrido el pestillo dejando la puerta cerrada e ido al armario del fondo, lo abre y saca el maniquí que colocará sentado en el sillón, de espaldas a la

puerta, con un codo sobre la mesa y la frente apoyada en la mano, en actitud de estudio; le pone delante un gran libro abierto, le da un golpecito en la espalda y le dice:)

PER. Que no te muevas, Perfecto; a estudiar y a hacerte un hombre de provecho.

(Después saca una llave y se marcha cautelosamente por la puerta que figura da al jardín.)

FLAVIO (Que se ha sentado.) Bien, pues tú dirás.

PRIM. Flavio, bajo un mismo techo nacimos, llevamos la misma sangre en las venas, juntos jugamos de pequeños, juntos hicimos nuestros estudios, juntos paladeamos las alegrías y juntos soportamos también las desgracias... Esto no lo puedes dudar.

FLAVIO ¡Qué voy a dudar! Ahora que esto es lo mismo que me dijiste el otro día.

PRIM. ¡Ah! ¿Te lo dije el otro día?

FLAVIO Con las mismas palabras.

PRIM. (Aparte.) He debido variar... (Alto.) Pues bien, tú comprenderás que para que a mis labios acudan las palabras que vas a oir, que para que yo tome...

FLAVIO (Cortándole.) ... la determinación que voy a tomar, algo doloroso, algo que no puede soportarse por más tiempo, me obliga a ello.

PRIM. ¿Te lo dije así el otro día?

FLAVIO Exactamente igual, y te suplico que no te canses, Primitivo, no sabes lo que me duele oirte.

PRIM. ¡Que te duele y no te enmiendas!

CAS. No lo comprendo.

FLAVIO Y Dios quiera que no lo comprendáis.

CAS. ¿Pero, oyes esto?

PRIM. Lo oigo y me aterro. Cuando joven no eras así; eras un modelo de virtud; de sobriedad, de buenas costumbres... ¡apenas si salías por las noches!

CAS. Por lo visto, a medida que avanza tu edad, avanza tu desenfreno.

FLAVIO Lo que os dé la gana, para qué os voy a contradecir.

PRIM. ¡Nunca te has mostrado tan abiertamente libertino!

FLAVIO ¡Qué sabéis vosotros!

PRIM. Por lo menos, antes, si lo eras, guardabas las formas.

CAS. Sería hipocresía, pero...

PRIM. La hipocresía se aproxima a la virtud, porque oculta el espectáculo del vicio y en ese espectáculo tú tienes...

FLAVIO Una butaca de orquesta.

PRIM. (Severo.) ¡Flavio!

FLAVIO ¿Pero no os he pedido por favor, siempre que de esto se ha hablado, que me dejéis como cosa perdida?

PRIM. Si no vivieses en mi casa, quizá siguiera tu consejo, pero vives aquí, y hasta aquí llegan las sacudidas de tu vivir condenable; unas veces, en forma de citación judicial para que comparezca a responder de un escándalo o de una borrachera; otras, en forma de un acreedor que amenaza con el embargo de mis muebles, oyes bien, de mis muebles, y temiéndome estoy que profane con su presencia este santuario alguna de esas desdichadas que te han dejado sin dinero y sin...

CAS. Acábalo de una vez, y sin vergüenza.

FLAVIO Lo que es menester es que no suceda. No sabéis lo que se lo pido a Dios, y conste que se lo pido por vosotros, que por mí...

CAS. ¡Horror, horror!

PRIM, Y Perfecto, que te defendía hace un momento aquí...

FLAVIO (Con gran alegría.) ¡Ah! ¿Me defendía Perfecto?

CAS. Te defendía, y si por mí fuera lo llamaría para que presenciase el espectáculo de su tío de su vida, escarneciendo sus propias canas.

PRIM. Sí, llevas razón, hay que llamarle; esta será una visión ejemplar para su juventud. (Se acerca a la puerta del laboratorio y llama.) Perfecto. Perfecto. (Como nadie responde, mira por la cerradura.)

CAS. ¡Pobre hijo mío!

PRIM. (Mirando por la cerradura.) ¡Absorto en el estudio! Mira, Casimira, mira.

CAS. (Acercándose.) ¡Alma cándida, ajena a las groseras realidades de la vida! Ni siquiera se ha dado cuenta de nuestros disturbios domésticos.

PRIM. Ven tú a verlo, a ver si este espectáculo te dignifica.

FLAVIO Como si lo viera; está estudiando de espaldas a la puerta, con una mano en la frente y la otra apoyada en la mesa, ¿verdad? Me lo sé de memoria.

CAS. Claro, no quieres mirarlo, porque te avergonzaría.

FLAVIO Lo que no quiero es que lo llames; arrancarle de sus estudios para que presencie... Al fin y al cabo, más que a tu lado, puede decirse que se ha hecho hombre al mío, y me tiene algún afecto y...

PRIM. Sí, llevas razón; sería para él un sufrimiento, que debemos evitarle, y precisamente, por él no tomo hoy mismo una determinación, pero óyeme bien, Flavio; si una nueva calaverada tuya, sea de la índole que sea, llega hasta esta casa... bajo un mismo techo nacimos, llevamos la misma sangre en las venas, juntos jugamos de pequeños...

FLAVIO Primitivo, que te repites...

PRIM. ¡Ah, es verdad! Pues bien; si como me temo. sucede así, en aquel mismo momento se cerrarán para ti y para siempre las puertas de mi casa.

FLAVIO ¿Me echas?

PRIM. (Rotundo.) Te echaría. Y ahora, Casimira, vamos a vestirnos, que es preciso que nos lleguemos a casa de doña Leonor. Domingo me ha dicho que estaba agonizando.

CAS. ¡Jesús mil veces! Sí, sí, vamos.

PRIM. (A Flavio) Ya lo has oído. (Mutis por la segunda derecha los dos.)

FLAVIO (Al quedarse solo, se dirige a la puerta del laboratorio y mira por el ojo de la cerradura.) ¡Lo que me figuraba! ¡El maniquí! Y cuidado que le tengo dicho que se lo mande a Zancudo, para que le arregle la cabeza, porque se le está apolillando y un día va a dar un espectáculo... (Vuelve al centro de la escena y se deja caer en una butaca.) Señor, tú que todo lo ves y todo lo puedes, haz que se enmiende él para que pueda enmedarme yo. Tú lo sabes, Señor, busqué una compañera, una mujer a quien unir mi vida y la más piadosa me contestó que los galápagos *pa'* las tinajas; soñé con verme reproducido en una criatura, a la que poder darle todo el tesoro de ternura que en mí pusiste, y ni extraoficialmente lo conseguí; busqué un amigo desinteresado, leal, y no le hallé; cruzaba el mundo como el nómada que cruza el desierto, hasta que un día tú, Misericordioso, pu-

siste en mi camino una palmera. ¿Te acuerdas? Hoy hace veintitres años, cinco meses y seis días. Fué al despertar de la aurora, cuando mi cuñada Casimira, ahogando un dolor supremo, con voz apocalíptica, le dijo a mi hermano: ¡Ahí va eso!... Momentos después, Perfecto entonaba en mis brazos un canto a la vida. ¡Sus primeros chillidos fueron para mí! ¡Sus primeras... gracias, fué también para mí. Y a mi lado creció y a mi lado se ha hecho hombre, y desde entonces dejé de estar solo y no pensé ya en la compañera de mi vida ni en la reproducción de mi persona, porque todos los tesoros de ternura y de bondad que pusiste en mí los puse yo en él. Y porque sus padres no se enteraran he gastado casi todo lo que tenía en pagarle las trampas, y he acudido a juicios de faltas, he convencido a muchas madres inconvencibles y hasta, tú lo sabes, Señor; más de una vez me han arañado; él juega y yo pierdo; él bebe y yo la cojo; él mueve un escándalo y yo voy a la prevención; él engaña a una mujer y yo me expongo al vitriolo. Y, sin embargo, no me pesa la carga; por verlo a él feliz, porque sus padres no sospechen nada, la llevo con gusto. Tú sabes que no me pesa la carga, que lo que me pesa es la carga que me da mi hermano cada tres días; con esa sí que no puedo, Señor; por eso, tú, que todo lo ves y todo lo puedes, haz que se enmiende él para que pueda enmendarme yo.

(Por la puerta del jardín entra sigilosamente PERFECTO; viene azorado. Coge al maniquí y lo vuelve a encerrar en el armario. Inmediatamente, se acerca a la puerta que da al gabinete, mira por el ojo de la cerradura, y al observar que está solo Flavio, abre y entra en el gabinete.)

PER. (Entrando con sigilo.) Chis, tito, tito Flavio.

FLAVIO (Sorprendido.) ¡Ah, tú! ¿Te has cansado de estudiar?

PER. Déjate de bromas, que estoy gravemente amenazado.

FLAVIO ¿Tú gravemente amenazado? (Aparte.) ¡Dios mío que me irán a hacer!

PER. Hace un rato Trini me mandó, mejor dicho, te mandó...

FLAVIO Sí, ya me dió el recado al entrar Domingo y cuando ví el maniquí, supuse que te habrías ido a verla.

PER. No he podido.

FLAVIO ¿Que no has podido?

PER. No: al disponerme a abrir la puerta del jardinillo, ví a través de la verja a... ¿a quién dirás?

FLAVIO Que sé yo. Nos persigue tanta gente.

PER. A Caro. Metido en el portal de la casa de enfrente y empeñado en hacerle arder a un encendedor mecánico.

FLAVIO ¡Qué paciencia tiene ese hombre!

PER. Yo comprendí que esperaba a uno de los dos y pensé, si salgo me sale Caro al encuentro ¿qué le digo?... y si no salgo...

FLAVIO Te sale más caro todavía, porque la Trini cumple su palabra, esa se planta aquí, no te quepa duda.

PER. Qué he de dudarlo, y desde que se ha enterado de lo de mi casamiento mucho menos; ¡tú no sabes como está!

FLAVIO ¡Me araña!

PER. Ayer se me accidentó.

FLAVIO Bueno, eso de los accidentes no debe chocarte porque es corriente en ella.

PER. Sí, pero es que, cuando nota que le a va dar uno, me pide un duro para ponérselo entre los dientes para que le sea fácil abrirse después la boca y nunca me lo devuelve...

FLAVIO ¿Y qué?

PER. Que ayer le dieron cinco.

FLAVIO Pues si no mejora, mi consejo es que te la lleves a la Casa de la Moneda.

PER. Del último creímos que no volvía. Tú no sabes que espectáculo; la tía se lanzó escaleras abajo gritando como una loca: «no vuelve, no vuelve», el hermanito detrás de ella diciendo también: «no vuelve, no vuelve», y yo gritándoles, no se vayan ustedes que tiene que volver, que esto es un accidente pasajero. Total...

FLAVIO Cinco duros.

PER. Cinco duros y la siguiente amenaza: si es verdad que llevas a otra mujer al altar, proporciónate para el día de la boda dos escafandras porque en plena Epístola, a ti y a

ella os rocío de vitriolo. Juntó las manos, se besó los pulgares, me pidió un duro...

FLAVIO ¡Le dió otro accidente!

PER. Le dió el duro a su tía para que subieran dos bistés con patatas, y añadió, que me las suban *chuflés*, que sabes que me calman muchísimo. ¡Qué día, tito de mi vida! ¡Qué día!

FLAVIO Pues el de ayer fué malo, pero el de hoy, como no procures ir en seguida a verla, va a ser horrible, porque que no vuelva allí... ¡pero mira que si no vuelve aquí!

PER. Y que viene no te quepa duda.

(Se oye fuera el timbre. A las caras de Flavio y Perfecto asoma un terror indescriptible.)

FLAVIO Ya está ahí.

PER. Van a empezar los accidentes.

FLAVIO ¿Y dónde cambio yo un billete de veinte duros que es lo único que tengo?

DOM. (Entrando por el foro con una factura.) Esta cuenta que traen para el señorito,

PER. ¿Para qué señorito?

DOM. Para don Flavio.

FLAVIO (Extrañado.) ¿Para mí?

DOM. A mí eso me ha dicho. ¡Y vaya una cara de pocos amigos que trae el portador!

FLAVIO A ver, a ver. (Coge la factura y lee.) «A los piés de usted. Zapatería de Indalecio Calzado. Mayor, 64.»

PER. Ah, sí, ya te diré...

FLAVIO (Continuando la lectura.) «Don Flavio Sobrino. Debe: Por unos zapatos piel ante, forma arábiga, último grito, sesenta y cinco pesetas. Por unas botas piel ternera, suelas goma arábiga, también, ídem, ídem grito, treinta pesetas. Total, noventa y cinco.»

PER. Eso es.

FLAVIO ¿Eso es qué?

PER. Eso es que la Engracia me suplicó el otro día que la comprase unos zapatos, ¿sabes?, y como yo no llevaba suelto pues díje que mandaran aquí la cuenta a tu nombre.

FLAVIO Pero y estas botas de ternera con suelas de goma.

PER. Para el hermano, como sabes que hace la vista gorda...

FLAVIO Hace la vista gorda y hace quince días que que le compraste unos brodequíes, piel cha-

gren, tacón irrompible, ídem, ídem grito, cuarenta y cinco pesetas, y son ya muchos gritos seguidos.

PER. No te enfades, tito; si no tienes o no quieres pagarlo, déjalo; yo suplicaré que me esperen hasta último de mes y de lo que me da papá lo abonaré, aunque no fume ni tome café. (Compungido casi hasta las lágrimas, como niño mimado.)

FLAVIO ¿Quién, tú? ¡Privarte tú de nada mientras yo vival... (A Domingo dándole un billete.) Ahí van cien pesetas, sobran cinco... Ah, oye, que no te dé pesetas.

DOM. ¿Las quiere usted en una pieza?

FLAVIO Eso es... (A Perfecto.) Por si acaso viene esa, ¿sabes? Ahora que como le dé más de un accidente, que muerda una cuchara o una llave... después de todo como es para abrirse la boca, una llave no creas tú que le irá mal.

PER. Cállate, que sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina. ¡Pues no te digo nada cuando le dan a la tía!

FLAVIO ¡Ah! ¿Pero también la tía?...

PER. También; por lo visto es de familia.

FLAVIO Perfecto, hijo mío, ¿por qué no dejas a esa cupletista? ¿Por qué no vas poco a poco abandonando esa vida? Mira que a pesar de todas mis precauciones, un día pueden enterarse tus padres.

PER. ¿Pero qué hago, tío?

FLAVIO Para mí, nada; pero para ellos... no quiero ni pensarlo; ¡con la idea que tienen de tí!

PER. Sí, llevas razón. Hora es ya de que siente la cabeza: ahora que ese matrimonio que me preparan mis padres...

FLAVIO (Con misterio.) Ese matrimonio no creas que es sólo un lazo que te ata para toda la vida, en esta ocasión es un lazo y un cable; un cable que os va a sacar a flote, porque aquí, que nadie nos oye, mi pobre hermano ha tenido serios reveses en su fortuna, y tu prometida tiene un océano de dinero.

PER. ¡No sabía!...

FLAVIO Pero muchísimo. Vegas inmensas cuajadas de olivares y de viñedos; cotos interminables donde se caza desde la codorniz sencilla al bravío jabalí; y si es ganado, se pone

uno a contar cabezas y se le va la cabeza: ¡son muchos carneros!, nada más que con la lana que cogen puede una familia dormir tranquila: lo que te digo, un fortunón, y añade a esto que es hija única, y vuelve a añadir que don Anselmo del Castillo, tu futuro suegro, es una mantecada con sombrero frégoli y americana de dos filas, y súmalo todo y verás que te resulta un total como para que la diñasen de envidia Creso, Rofkeller y Morgan, si volviesen a salir de las tumbas donde están, y perdona el pareado.

PER. No, si tienes razón; si yo debo acatar el deseo de mis padres, ahora que la Trini, ¿cómo la abandono? ¿Qué hago? ¡Ella que no tiene más ilusión que el arte y yo! ¡Ella que me es tan fiel! ¡Ella que ha despreciado proporciones ventajosísimas sólo por mi cariño! ¡Ella!...

(En este momento se oye el timbre fuera.)

LOS DOS (Aterrados.) ¡¡Ella!! (Quedan como anonadados.)

DOM. (Por el foro.) Con permiso: el duro de vuelta, y don Trinidad que desea ver al señorito.

PER. ¿Don Trinidad?

DOM. A mí me parece que el *don* Trinidad ese, es como el *doña* de mi cuñada, que se llama Práxedes.

PER. ¿Y qué hacemos?

FLAVIO Aquí no es posible recibirla. Figúrate que sale tu padre o tu madre.

DOM. Los señores han ido a casa de doña Leonor; ahora que allí no creo yo que estén mucho tiempo.

FLAVIO ¿Por qué?

DOM. Porque esta mañana, cuando fuí a preguntar, me dijeron que no conocía a nadie, y ¡qué van a hacer allí los señores, si no los conocen!

PER. Razonas como un cangrejo. Anda, dile que pase.

(Mutis de Domingo.)

FLAVIO ¿Te decides?

PER. Entre que mueva un escándalo e intentar convencerla, opto por esto último; pero tú no me abandones, entra ahí en esa habitación y está al paño por lo que más quieras.

FLAVIO No te extiendas mucho, porque si esa doña

Leonor ha subido al cielo, tus padres regresarán en seguida.

PER. Seré lo más breve posible. Ah, dame el duro por si acaso.

FLAVIO ¿El duro? Pero oye, ¿no devuelve por casualidad ni una vez?...

FLAVIO Una sola vez me devolvió uno...

FLAVIO ¡Ah, vamos!

PER. Porque era sevillano.

PER. (Mirando el duro.) Pues este es de Amadeo. En fin, qué le vamos a hacer. Hasta luego, Perfecto. (Dándole el duro y despidiéndose de él) Hasta nunca, Amadeo. (Vase primera derecha.) (Por el foro entra TRINIDAD. Representa unos veinticuatro años; viste con elegancia, sin exageración. Demuestra un temperamento nervioso e impresionable.)

TRINI (Desde la puerta.) Perfecto.. Perfecto...

PER. (Aparte.) Malo... Ese tono... síntoma de ataque...

TRINI (Avanzando.) ¿Es que no te han dado el recado o es que no te ha dado la gana de ir?

PER. Es que... no he podido, Trini... tenía una visita y...

TRINI (Con ironía.) ¿Una visita? Seguramente sería tu futuro padre político...

PER. No, mujer, no...

TRINI (Exaltándose,) Sí, sí, era tu padre político, si lo estoy viendo, y seguramente estaría también su hija, tu futura esposa...

PER. Pero qué cosas te imaginas...

TRINI Sí, sí, no me digas que no, ellos eran, si los estoy viendo... Y claro, una visita de esa importancia, cómo la ibas a dejar por mí. Además, que estaríais tratando de la boda, qué día se va a celebrar, en qué iglesia va a ser, qué cura os va a leer la Epístola...

PER. ¡Qué locura!

TRINI. Sí, sí, no me digas que no, de eso habéis estado hablando; si me parece que os oigo.

PER. Trini, te suplico que refrenes esos nervios, que te hacen ver y oir cosas fantásticas.

TRINI. ¡Ah! ¿Pero serás capaz de negármelo? Claro, ¿tú que vas a decir? Tienes forzosamente que engañarme, porque, ¿con qué cara me planteas la verdad? ¿Cómo me confiesas que vas a cometer la más vil de las acciones, que me vas a abandonar, que te vas a casar con otra? (Sollozando fuerte.) ¡Ay, Dios mío!

FLAVIO (Asomando la cabeza.) ¡Adiós duro.

PER. Vamos, Trini, hazme caso, serénate... Tú sabes que yo te quiero con toda mi alma.

TRINI. ¡Ah! ¿Pero es mentira que te piensas casar?

PER. Es que... del pensamiento al hecho, hay un trayecto largo. Ya te he dicho que no quiero engañarte y que esos rumores tienen fundamento, pero hasta ahora lo de mi matrimonio no pasa de ser un proyecto.

TRINI. Un proyecto que tú amparas no protestando de él.

PER. Es que este proyecto no es de ahora, viene de muchos años; los padres de ella y mis padres, amigos desde la niñez... y claro, esas cosas que se hablan... «Yo tengo un hijo...» «Yo tengo una hija...» «¿Sabes que no harían mala pareja?...» Y así, poco a poco, nuestros padres de consuno nuestras bodas acordaron.

FLAVIO (Asomando la cabeza e interrumpiéndole en voz baja.) Que eso es del *Tenorio,* tú.

PER. (Aparte y nervioso.) Es que ya no sé qué decirle... (Alto.) Pero una decisión terminante no la hay, Trini, te lo juro...

TRINI. Tú dirás lo que quieras, pero mi tía se ha enterado bien, por cierto, que cuentan y no acaban de la fortuna de tu suegro, hasta el extremo de que según parece utilizan un cojedor y una escoba para los billetes de Banco.

PER. Exageraciones.

TRINI. ¿Y se puede saber cómo se llama ese rey... de lo que sea, porque será rey de algo?

PER. Se llama don no sé qué del Castillo.

TRINI. ¡Ah! ¿Pero es que tú no lo sabes?

PER. Es que no me acuerdo: sé que es don Arturo, o don Antonio, un nombre así... No tiene nada de particular este olvido, porque él nunca se firma más que con la inicial, en cartas, en facturas, hasta en las tarjetas, siempre lo mismo: «A. del Castillo».

FLAVIO (Asomando la cabeza.) Que eso es de *La Bruja*, tú...

PER. (Aparte.) Y voy a acabar en *El loco Dios.*

TRINI. Bueno, pues mi tía está en la calle esperándome, ¿sabes?, y hemos pensado ir las dos a ver a tu suegro y ponerlo en pormenores, porque es lo que ella dice, el que avisa no

es traidor, y entre un *pourparler* en su despacho o un escándalo en la Vicaría, nos figuramos que será más de su agrado el *pourparler*.

PER. ¿Pero es que ibas a tener el atrevimiento?...

TRINI. De contarle la verdad y nada más que la verdad.

PER. ¡Trini, no me desesperes!...

TRINI. ¡Ah! ¿Pero es que te importa?... ¿Lo ves? ¿ves cómo me engañas? (Exagerando el enfado cada vez más.) ¿Ves cómo todo lo que me acabas de decir es mentira? Si el que está deseando casarse eres tú, si estás loco por ella, si aquí mismo hace un momento le has estado diciendo esas zalamerías que tantas veces me has dicho a mí... sí, sí, si las estoy oyendo. (Imitándole.) «Déjame que me duerma en la noche de tus ojos». «Dame una una pestaña para ahorcarme si no me quieres». «Alquílame ese hoyo que tienes en la barbilla, que no encuentro casa». (Más enojada.) Igual, igual que me has dicho a mí, y yo, tonta, que te he creído, que te he hecho caso, que te.... que te... que te... ¡Ay, Perfecto, un duro, dame un duro...

PER. Por lo que más quieras, Trini, que no te dé, que pueden venir mis padres..

TRINI. Dame tus brazos... dame el duro...

PER. (Dándole el duro.) Toma... pero, por Dios...

TRINI. (Accidentándose.) ¡Ay, ay, ay!...

PER. (Llamando.) Tío, tío.

FLAVIO (Saliendo.) Por lo que he oído hoy no lo haces con quinientas pesetas.

PER. Hoy me pego yo un tiro.

FLAVIO (Aterrado.) No, no te lo pegues, porque me molestaría mucho que me hiciesen la autopsia.

PER. Ayúdeme usted a quitarla de aquí.

FLAVIO ¿Y dónde la ponemos?

PER. Ahí, en mi cuarto de estudio... En caso de apuro, cerrando la puerta...

FLAVIO Y tirándola por la ventana... Anda, vamos. (La cogen entre los dos y la pasan a la izquierda.)

PER. Si se le pasase pronto... porque si vienen mis padres no quiero ni pensarlo; ¡ellos que me adoran! ¡ellos que me creen un santo! ¡ellos..! (Suena el timbre de la puerta.)

LOS DOS (Con terror.) ¡¡Ellos!!

PER. No, pues a mí no me cogen. ¡Tío de mi vida, en sus manos mi espíritu encomiendo... sálveme uste como siempre... (Le deja en los brazos a Trini, desmayada, y se escapa por la puerta del jardín.)

FLAVIO ¡Dios mío, tú que todo lo ves, has que se enmiende él para que pueda enmendarme yo!

(Por el foro entra MISERICORDIA, mujer de unos cuarenta años que se conserva frescota. Viste bien pero de mal gusto y en sus ademanes como en su conversación se nota ordinariez.)

MISER. (Desde dentro.) ¿Aquí, verdad? Bueno, bueno, no te molestes garzón. (Entrando.) Trini, hija mía... (Avanzando.) Trini, ¿no me contestas? Ese granuja es capaz de haberle dao una cosa letárgica. (Avanza más y ve a Trini y a Flavio.) Tri...

FLAVIO ¡Por Dios, doña Misericordia, nada de gritos!

MISER. (Pasando a la izquierda.) ¿Pero qué le han hecho a mi sobrina?

FLAVIO Nada... una pequeña disputa sin importancia... Créame usted, todo es cariño.

MISER. Cariño, que le va a costar la vida a esta pobre martir... (Llamándola.) Trini, hija, vuelve.. soy yo, tu tía, ¿no me oyes?

FLAVIO Oyela, Trini.

MISER. (Excitándose.) No, si no volverá... si en uno de estos se me queda... si son muchos sufrimientos... si soy yo, que tengo otra naturaleza y no puedo... sí... sí... ¡Ay don Flavio, deme usted un duro!

FLAVIO ¡Otro! ¡Cuando yo digo que con quinientas pesetas no lo hacemos!

MISER. ¡Don Flavio, un duro!

FLAVIO Como no se apañe usted con una perra gorda, pero lo mejor es que...

MISER. (Desmayándose sobre Flavio.) ¡Ay don Flavio de mi vida!... (Flavio cae con las dos sentado en la «chaisse-longue»)

FLAVIO (Que tiene en un lado a Trini desmayada y en el otro a Misericordia.) ¡Señor, la trompeta del juicio final, cuándo sonará para mí! (Suena nuevamente el timbre.) Señor, ya me parece que ha sonado.

(Entran por el foro PRIMITIVO y CASIMIRA. Les sigue DOMINGO.)

PRIM. De modo que dices que ni el señorito ni mi hermano Flavio han salido.

DOM. Yo no puedo asegurarle al señor, porque como uno está trajinando...

CAS. Por lo menos aquí no están.

PRIM. Acaso en su cuarto de estudio... (Se acercan y ven a Flavio.) ¡Eh!

FLAVIO (Resignado.) *¡Consumatún est!*

PRIM. ¡Pero qué ven mis ojos! ¿Es realidad, o es una visión? Sí, sí, es una visión.

FLAVIO (Aparte.) Se ha debido fijar en la tía.

CAS. No, Primitivo, es una realidad. Míralo, tus temores se han cumplido; nuestra casa acaba de ser profanada por ese libertino; esa es su enmienda, esas son las promesas que te hizo; cuando yo te decía que nones.

PRIM. (Aterrado.) Y se las trae a pares. (Volviéndose enérgico.) Domingo, echa inmediatamente a ese hombre de aquí y a esas... desgraciadas, y óyelo bien, para ti, como para todos los de esta casa, don Flavio Sobrino ha subido al cielo.

CAS. Mejor dirás ha bajado al infierno.

PRIM. Vamos, vamos, que temo que no voy a poder contenerme... (Hacen mutis por la derecha.)

FLAVIO (Elevando los ojos.) ¡Señor, una de dos: o no es verdad que lo ves todo o conmigo estás haciendo la vista gorda. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala, cuyas peredes laterales cortan a la del fondo en angulo obtuso. En la de la derecha, una puerta amplia que se supone da a un recibimiento. En la de la izquierda, dos puertas más pequeñas que dan paso al interior del cuarto. El muro del fondo tiene dos ventanales apaisados, abiertos, a mediana altura. Entre ambos ventanales un sillón de baqueta, y delante una mesa, tosca y vieja. En la pared, sobre el sillón, una gran ampliación fotográfica, representando a don Primitivo, en busto. Distribuídas en las demás paredes habrá unas estampas modestísimas, pero suficientemente grandes para que se distingan los asuntos que representan, y son: Un San Sebastián mártir y La Cena de los Apóstoles, en marcos muy pobres, Ni una cortina ni un solo mueble más que los descriptos. Las ventanas sin visillos. Es verano.

—

(Al levantarse el telón, FLAVIO sale de la segunda izquierda con un bote de «Nuez de Kola» en la mano; se dirige a la mesa, echa en un vaso cuatro dedos de agua, después una cucharada de «Nuez de Kola», lo menea, y cuando indica el diálogo se lo toma. Usa botas con suela de goma.)

FLAVIO (Saliendo.) ¡Ea, vamos a fortalecer estos nervios, que con las cosas que me han pasado han sufrido no poco los pobres. Menos mal que esta Nuez de Kola parece que me sienta bien. (Echa el agua.)

DOM. (Entrando por la derecha.) ¿Se puede?

FLAVIO ¡Domingo! Te esperaba con impaciencia. ¿Hiciste mi encargo?

DOM. Hícelo.

FLAVIO ¿Leyeron mi hermano y mi cuñada la carta?

DOM. La leyeron.

FLAVIO (Bebe un poco.) ¿Se pondrían la mar de contentos?

DOM. Creo que no.

FLAVIO ¿Y vieron la fotografía?

DOM. La vieron.

FLAVIO Entonces es cuando se alegrarían, ¿verdad? (Va a beber, pero al oír lo que contesta Domingo, se detiene.)

DOM. Creo que no.

FLAVIO Pero por lo menos en algo habrá cedido el enfado.

DOM. Creo que no.

FLAVIO Domingo, que esto que estoy tomando es Nuez de Kola, y como no cedas en tus creencias, no me va a pasar la Nuez del pescuezo.

DOM. Yo le digo al señor mi impresión y nada más. Claro está que don Primitivo sí se alegró al leer la carta, pero doña Casimira se encargó de aguarle la alegría, diciéndole: «No seas crédulo, que te engaña como siempre. Que te toma el pelo.» Bueno, esto lo sé yo, no porque estuviese delante, sino porque, como usted sabe que tengo la costumbre de escuchar detrás de las cortinas...

FLAVIO Sí, sí... De modo que mi cuñada no cree en nada.

DOM. Atea completamente.

FLAVIO Pero la fotografía...

DOM. A ella se agarraba su hermano de usted, diciéndola: «Ya ves qué modestia, qué ascetismo.» Y ella le contestaba: «Sí, sí, ascetismo, ese sigue lo mismo.»

FLAVIO Pues no tiene razón, querido Domingo; yo estoy cambiando mucho; voy lo que se dice a pasos agigantados a mi rehabilitación; se acabaron los trapicheos, se están acabando las trampas... así se lo decía a mi hermano en la carta, y para que viese, además, la modestia y la severidad con que vivo, le enviaba la fotografía de esta habitación, que yo no sé cómo estarán las ermitas de Córdoba, pero a sencillez y a poco *confort,* allá, allá se irán.

DOM. Sí que tiene usted razón.

FLAVIO En las paredes, ya ves: allí un *San Sebastiàn, mártir,* ahí *La cena de los Apóstoles*; aquí, en en el centro, una ampliación de mi hermano; pude poner una mía, y he preferido la

de él como muestra de cariño y respeto. Y en cuanto a muebles, no hay miedo de que lo confundan con el Hotel de Ventas, ¿verdad?

DOM. De una austeridad que da frío, don Flavio... ¿Pero cómo ha podido usted conseguir este piso, escaseando tanto las viviendas en este Madrid?

FLAVIO Es raro, ¿verdad?

DOM. Rarísimo.

FLAVIO Pues más raro te lo parecerá cuando sepas que lo tengo gracias a una colección de marmotas.

DOM. ¿Marmotas? Eso, ¿es ese bicho que se pasa la vida durmiendo?

FLAVIO Ese mismo.

DOM. Pues sigo sin explicarme..,

FLAVIO Te lo explicarás en seguida; este suelo que pisamos sirve de techo a la vivienda del doctor Corbejón, que además es propietario de la casa. Corbejón es un zoólogo terrible; se ha pasado lo mayor parte de su vida estudiando a los animales, y no hace mucho publicó este libro que, como podrás leer, me ha dedicado cariñosamente. (Le alarga el libro.)

DOM. (Leyendo.) «*Los animales en su casa*». *Con una biografía del autor.*

FLAVIO Tiene cosas curiosísimas. Hay sobre todo un capítulo que se titula: *La licenciosa vida de las gallinas*, que es un prodigio de observación.

DOM. (Hojeando el libro.) Sí, aquí me parece leer que trata de las costumbres del gorrión, de la paloma, de la tórtola...

FLAVIO De todas las aves.

DOM. (Leyendo.) Al salir el sol canta la perdiz...

FLAVIO Eso es de *La caza del oso.*

DOM. Eso es de aquí..

FLAVIO ¡Ah! sí; será describiendo la costumbre... Pues como te decía, este Corbejón trata ahora de lanzar al mundo de la ciencia un anestésico muy superior en fuerza al cloroformo, cocaina y demás conocidos hasta el día y que además reúne la ventaja de ser inofensivo. ¡Una cosa que duerme y no perjudica! Figúrate el pedido que le van a hacer en el Senado. Bueno, este anestésico,

que lo piensa preparar en forma de suero, ¿de dónde dirás que lo va a extraer?

DOM. Qué sé yo.

FLAVIO De la marmota. El ha pensado: un animal que vive en un constante *dolce far-niente*, (*) debe tener una sustancia que lo amodorre; ¿por qué no utilizarla como anestésico? Y tras eso anda y para ello se proporcionó cuarenta y tantas marmotas, de las cuales no le quedan más que doce; las otras murieron de insomnio.

DOM. ¡De insomnio!

FLAVIO Sí, porque el matrimonio que ocupaba este piso, cada cinco minutos se estaba tirando los platos a la cabeza, figúrate la de gritos... de escándalos... Además, tenían dos hijas mayorcitas que no hacían mas que tocar el piano y bailar... El doctor se exasperaba, y como tiene un carácter de pocos amigos y es hombre de armas tomar, un día por poco ocurre aquí una tragedia, así es que cuando logró echarlos, juró no arrendar el piso a nadie; pero al explicarle yo que era completamente solo; que paraba muy poco en la casa; que salvo la portera para hacerme la cama, nadie subiría... y al jurarle, bajo palabra de caballero, que no se me sentiría, no tuvo inconveniente en arrendármelo, y ahí tienes explicado por qué ayer te supliqué que no pisases fuerte y por qué he encontrado este piso, estando como están tan excasas las viviendas en Madrid.

DOM. Pues si usted no me necesita para nada más, me voy de puntillas

FLAVIO No está de más la precaución, porque cuando sin querer, o por olvido, hago algún ruído, me llama la atención dando unos golpes aquí en el techo, (Señalando al suelo.) en el techo suyo. Ahora que, yo, contadas veces le doy motivo... Pero, espera, que me voy contigo. Tengo necesidad de ver a Zancudo, el de la fábrica de juguetes. (Acercándose a la derecha y llamando en voz baja.) Fermina, Fermina. (A Domingo.) ¿No estaba la portera cuando tú entraste?

DOM. Barriendo estaba el recibimiento.

(*) Pronúnciase: *Dolche farniente.*

FLAVIO Habrá bajado a algo.. Después de todo, como ella tiene otra llave. Mira, vámonos por la escalera interior y así dejaremos todos estos chismes en la cocina.

DOM. Por donde usted quiera.

(Coge Flavio el vaso y la medicina, y seguido de Domingo, que toma el jarro, hacen mutis andando de puntillas hasta desaparecer por la segunda izquierda. Apenas se ha ido, en la derecha se oye la voz de PERFECTO, que se supone habla con FERMINA, la portera.)

PER. (Desde dentro.) Nada, nada, no tenga usted cuidado; ¡cuando yo se lo aseguro!...

FER. ¿Pero cómo no me ha advertido a mí su tío?...

PER. (Saliendo.) Porque mi tío tiene muchas cosas en la cabeza, pero le repito que esté usted tranquila, y ahora mismo se va usted a convencer. (Llamando.) Tío, tito... ¿Está usted segura que está?

FER. Como no haya salido por la escalera interior o mientras yo he subido a mi habitación a echarle una ojeada al cocido...

PER. (Acercándose más a la puerta de la izquierda y llamando.) Tío, tito... Nada; seguramente se ha marchado.

(MOZO 1.° y MOZO 2.° (éste es un comparsa), que entran por la derecha con unas sillas elegantes y unos cuadros.)

MOZO 1.° ¿Dónde colocamos esto?

PER. Dejadlo aquí mismo, y usted, Fermina, hágame el favor de ir descolgando esos cuadros y ponerlos sobre esa mesa.

MOZO 1.° ¡Camará con las escaleritas! ¡Hay que ver las maldiciones que habrán echado los del piano!

PER. Para todos habrá buena propina.

MOZO 1.° Ya nos la merecemos, ya.

PER. ¡Total no es tanto!

MOZO 1.° No es tanto, pero hay que ver las escaleras.

PER. Bueno, andad, que el tiempo corre.

(El mozo 1.° y 2.° hacen mutis por la derecha.)

FER. Ya está esto.

PER. Muy bien; ahora vaya usted metiendo todo lo que antes había aquí en el cuarto ese que hay en la cocina.

FER. En seguida. (Pone los cuadros sobre la mesita y hace mutis con ellos por la segunda izquierda.)

(Por la derecha entran TRINI y MISERICORDIA; ésta trae unos retratos.)

TRINI. Ya nos tienes aquí. (Demostrando subir fatigada.)

PER. ¿Qué, qué os parece esto?

TRINI. No tiene mal aspecto.

MISER. (Cansadísima.) Ahora que las escaleritas... Ahí, en un descansillo, están los que suben el piano, ¡y qué es lo que estarán diciendo, que nos hemos tenido que tapar los oídos!

PER. Pues hija, tú lo has visto: un mes corriendo por esas calles, ofreciendo dinero a las porteras, y nada... gracias a que a mí se me ocurrió que este piso de mi tío podía cobijarnos y...

TRINI. Bueno, pero tu tío sabe ya que...

PER. Ni una palabra... Yo, a la portera, le he dicho que sí, porque como se oponía a que subieran los muebles... pero figúrate... no digo el piso, el corazón se lo pido y se lo arranca del pecho para dármelo.

TRINI. De seguro.

MISER. Lástima que en vez de este piso no hubiese tenido uno de esos con el suelo que hay que darle de cerámica, con gladiadores pa la calefacción y su *vater coser* con tina de piedra pa bañarse.

PER. A todo llegaremos, querida Misericordia. Deja que yo acabe mi carrera... Bueno, pero a todo esto, el tiempo se echa encima y... ¿a qué hora quedaron en venir tus amigas a festejar tu cumpleaños y tu nueva morada.

TRINI. De doce y media a una, pero como se retiran tan tarde de Rosales quizá se retrasen algo.

PER. Pues es menester que, por lo menos esta habitación, esté lo más presentable posible: de modo que todos tenemos que echar una mano.

TRINI. A ver si concluyen de subir lo que falta.

PER. (A Misericordia.) Y en cuanto a comida...

MISER. De eso no te preocupes, que ya he avisado yo al café de «La Estrella.»

PER. ¿Pero has tenido en cuenta?...

MISER. Todo: como supongo que vendrán la Emilia y su novio, Josefina y el suyo, la Inglesita y Fernando, las dos hermanas Cortinas y tal vez, si la deja el senador, la Milagros, he

calculao que nos reuniremos unos once o doce y he dicho que trajeran (recordando.) ¿qué has dicho que trajeran, Misericordia? ¡Ah, sí! Un puré abundante, porque un plato de puré es lo que más arregla el cuerpo, y a mí dame lo que quieras, pero dame antes puré.

TRINI. Bueno, tía. ¿Pero de qué has encargado el puré?

MISER. ¡Pues a ver de qué lo voy a encargar!, de lo que son los purés: de puré.

PER. (Riendo.) Bueno, y qué más.

MISER. Pa detrás una tortilla a las hierbas finas, porque a mí, ya que me das hierbas, que sean finas; doce entrecotes con las patatas lo más chuflés posibles, y como sé que tú te pereces por los riñones, también te he encargado riñones.

PER. ¡Gran idea! Pero supongo que no me los traeran al Jerez, como el otro día.

MISER. Ya he dicho que de esos que sirven atravesaos con una aguja de sombrero.

PER. Lo que quieras, con tal de que me los sirvan así.

TRINI. (A Perfecto.) Entonces los postres y el *champam* iremos a comprarlos los dos, si te parece.

PER. Aceptado, pero antes...

(MOZO 1.° y 2.°, entrando con una «chaisse longue», una mesita, unas cortinas, etc., etc.)

MOZO 1.° ¿Esto va aquí también?

TRINI. Sí, sí, todo.

(Dejan los muebles haciendo gran estrépito. La chaisse-longue a la izquierda de la escena frente a la primera puerta.)

MOZO 1.° Pues vamos a ayudar a esos a empujar el piano, que lo han descargao ahí en el pasillo y... hay que oir lo que dicen.

PER. Bueno, pero que lo digan en el pasillo, aquí no, ¿eh? Andad. (Hacen mutis los Mozos, primera derecha.)

TRINI. Ve colocando las sillas, tía. Y tú, (A Perfecto.) pon los cuadros.

PER. Pocos hay, pero, en fin, dame uno.

TRINI. Toma.

PER. (Mirándolo.) «Playa del Mediodía.» ¡Qué nota de color más bonita! (Lo cuelga donde estaba el retrato de San Sebastián Mártir.) Venga otro. (Trini

se lo alarga.) Este boceto es el que me regaló Brochado, ¿verdad?

TRINI. Sí.

PER. ¿Sabes que tiene idea? «La hora del aperitivo»; es un grupo muy acertado, el de estas mujeres galantes y esos pollos sentados en la puerta de Maxim, tomando el vermouth. (Lo cuelga donde estuvo el cuadro de «La Cena».)

TRINI. (Alargándole otro.) Ahí tienes: «Cleopatra en el lecho».

PER. Hermosa figura... ¡Qué bien entonada! ¡Qué magestuosamente tendida y qué calor debía tener!... Un poco sicalíptico resulta, ¿verdad?

TRINI. Según se la mire.

(Colocándolo donde estaba la ampliación de don Primitivo.) Es verdad, mirándola con los ojos del arte no hay sicalipsis posible.

MOZO 1.º (Desde dentro.) Allá va esto. (Entre los Mozos 1.º y 2.º y dos Mozos más (comparsas), empujan el piano, que colocarán en el testero del centro, entre las dos ventanas.)

TRINI. Aquí, empujadlo hasta aquí.

FER. (Que ha salido después de hacer el segundo viaje.) Digo yo, que si le parece al señorito, las dos camas y lo demás que queda en el carro, lo pueden subir por la escalera interior e irlo dejando en esas habitaciones; lo digo al tanto, porque es la hora que suele venir el señor Corbejón, el casero, y si se entera que he dejado subir por la escalera principal... seguramente me regañaría.

PER. Por mí, que hubiesen subido por la otra...

FER. No, el piano no se podía... Vengan conmigo.

MOZO 1.º (A Fermina.) Diga usted, ¿por el interior hay más escalones?

FER. Hay menos.

MOZO 1.º Ah, vamos.

FER. Pero son más altos. (Hacen mutis los cuatro, seguidos de Fermina, por la segunda izquierda.)

TRINI. Dame esos retratos, tía, que voy a colocarlos encima del piano.

PER. ¿De quienes son?

TRINI. De amigas mías. De la Argentina, de la Lulú, de la Ideal Caderitas. (Los va colocando.)

MISER. Bueno, este áncora va encima del pie este, ¿verdad?

TRINI. ¿Qué áncora?

MISER. El botijo moro.

TRINI. Anfora, mujer. Te lo he dicho la mar de veces, ánfora.

MISER. Después de tó, de áncora a ánfora, no hay tanta diferencia.

PER. Una letra.

TRINI. Los entrepaños los pondremos después, ¿te parece?

PER. Como tú quieras.

TRINI. Y ahora, (A Perfecto.) enséñanos el resto de la casa.

PER. No tiene mucho que ver, pero tienes razón; vamos, y después daremos una escapada a comprar eso. Misericordia mientras le dirá a los Mozos donde colocan lo que suban; venid conmigo Ese es un gabinete que tiene puerta de escape a este pasillo; todo pequeño, pero muy mono, ya verás... (Hacen mutis por la primera izquierda.)

(Por la derecha entran PRIMITIVO y CASIMIRA. El primero trae en la mano una fotografía de un tamaño regular, que figura ser la de la habitación tal como estaba al empezar el acto. Hablan sofocados por la penosa subida.)

PRIM. (Haciendo un movimiento de extrañeza al entrar.) Por lo visto la chica que había en la portería se ha confundido.

CAS. Perdona, Primitivo, pero si la chica se ha confundido, tu hermano Flavio se ha confundido también, porque en la carta bien claro decía «tercero derecha», estoy segura, y que este es el tercero derecha no me lo negarás. (Resoplando.)

PRIM. Sí, si yo también estoy seguro de que así lo decía y de que este es el tercero derecha, pero la fotografía y la habitación no casan.

CAS. Como que es un nuevo engaño, tú no me querías creer y me has arrastrado hasta aquí.

PRIM. Pero, ¿cómo podía suponer que me roga... ¡qué digo rogar!, que me pidiera por Dios que viniese a verle...? ¡Sobre todo mandarme la fotografía!...

CAS. Porque tenía la seguridad de que no ibas a venir. Créeme, esta es otra farsa y esa fotografía sabe Dios de dónde será. A mí me recuerda algo del Monasterio de Piedra.

PRIM. Pero esta ampliación mía... A ver, a ver, detallemos. (Se quita las gafas para ver de cerca la reproducción fotográfica.) ¿Qué cuadro hay allí?

CAS. (Leyendo.) Playa del Mediodía.

PRIM. (Confrontando la fotografía.) Pues ahí debía de estar San Sebastián.

CAS. ¿San Sebastián al Mediodía?

PRIM Así lo tengo aquí. A ver, fíjate en aquello: Debe ser *La Cena.*

CAS. *¿La Cena?* Pues aquí están tomando el vermouth.

PRIM. ¡Sería demasiado burla! ¿Y aquél que representa?

CAS. Una señora en la cama.

PRIM. Pues ahí debía estar yo.

CAS. ¿Cómo?

PRIM. Ese es mi sitio, según esta fotografía.

CAS. A saber dónde estará tu ampliación.

PRIM. ¡Pero esto es sangriento!

CAS. ¿Pues y los muebles? Fíjate, esta es la austeridad de que nos hablaba. ¡Y qué desorden! Bien se ve que es la habitación de un juerguista.

PRIM. Sin embargo, yo me resisto a creer...

CAS. ¿Todavía?

PRIM. Es que quiero hartarme de razón, y para ello vamos a tocar todos los palillos. ¿Qué retratos son esos del piano?

CAS. La Argentina.

PRIM. ¿Ves como conviene tocar los palillos?

CAS. La Lulú.

PRIM. ¡Qué escándalo!

CAS. ¡Y la Ideal Caderitas!

PRIM. Conque Caderitas, ¿eh?

(Por la derecha entra UN CAMARERO que lleva sobre la cabeza un cajón de madera y en él sopera, platos, etc., etc. Viene rojo, sudando y sin aliento.)

CAM. (Entrando.) Con permiso. ¡Mi madre, con las escaleritas! Si a mí me dicen que esto es pa la Torre de Santa Cruz, cualquier día lo traigo. (Para descargar la batea sobre la mesita que estará en el centro de la escena, ruega a Primitivo que le ayude.) ¿Una manita?

CAS. Bueno, ¿pero qué es lo que trae usted?

CAM. Comida pa diez u doce.

PRIM. ¡Para diez o doce! ¿Está usted seguro que es para aquí? Porque este cuarto lo habita un señor solo.

CAM. ¿Solo? ¡A que me han dao las señas equivocás!!!

CAS. ¿Pero quién ha encargado?...

CAM. Pues una señora así de esas que en apariencia bien, pero hablando, no sabía pedir los riñones a la *broche*.

PRIM Pues seguramente viene usted equivocado.

CAM. La chica de la portera tampoco sabe ná.

PRIM. Lo que le digo, se ha equivocado usted.

CAM. Cá, el equivocao es el encargado del mostrador que se da cá latigazo de Mahou... El otro día me hizo cargar con dos cubiertos pa la calle de la Magdalena, y se los habían pedido pa la de la Verónica. Miusté que confundir la Magdalena con la Verónica, se necesita tener cerveza dentro del cuerpo. Bueno, pues ustés dispensen y Dios quiera que sea en un cuarto bajo porque hay un puñao de escalones...

PRIM. Si los hay.

CAM. Como que esto debe estar unos cien metros sobre el nivel del Club Alpino; vaya salud y... ¡y pulmones!

CAS. Vaya usted con Dios. (El Camarero hace mutis por la derecha.) Bueno, ¿y qué piensas hacer?

PRIM. Por lo pronto irnos, sin que sospeche Flavio que hemos estado aquí; después ya te lo diré, a la burla quiero corresponder con otra más sangrienta si cabe.

CAS. Hazme caso, ponte de luto y como si se hubiese muerto.

PRIM. Eso después; ahora vámonos y ya te contaré mi plan.

CAS. Vamos. (Hacen mutis por la derecha.)

(Por la izquierda sale MISERICORDIA con unos zorros, con los cuales sacudirá fuerte la «chaisse-longue», sillas, etc. etc., al mismo tiempo que las remueve contra el suelo.)

MISER. (Cantando a gritos.)

Rosendo,
¿qué estás haciendo?,
porron pompón.
(Sacude fuerte a compás.)
Rosendo,
¿te estás durmiendo?,
porron pompón.
(Idem, ídem, ídem.)

Rosendo,
despiértate...
y porrompón, y porrompón,
y porron pón...

(Sacudiendo cada vez más fuerte. De pronto se oyen en el suelo cuatro o cinco golpes seguidos dados desde el foso. Asustada.) ¡Mi fallecida madre! ¿Quién me golpea los bajos? (Pausa.) No, ilusión no ha sío... A mí me han acompañao el porron pompón... Pues anda, que como sea chufla, voy por la piedra de machacar los filetes y empiezo a dar yo también golpes hasta que se le vaya el techo encima. A buena parte han ido a dar.

MOZO 1.º (Asomando por la segunda izquierda.) ¡Mi ama!

MISER. ¿Qué ocurre?

MOZO 1.º ¿Dónde colocamos eso último que hemos subido?

MISER. Voy... ¡Estoy viendo que van a venir esas y va a estar esto manga por hombro! Y es que esta sobrina mía pa huelguista no tenía precio. ¡Qué mujer! Por lo más insignificante deja el trabajo... ¡Ni que estuviera sindicá! Ande, vamos.

(Vase con el Mozo 1.º por la segunda izquierda. Hay un momento de pausa, por la derecha entra FLAVIO.)

FLAVIO Ya he visto a Zancudo y he quedado en enviarle la cabeza del maniquí para que... (Fijándose en los muebles.) Rediéz... Pero... (Se lleva las manos a la cabeza, saca del bolsillo una llave, la mira, hace mutis corriendo por donde entró y vuelve a salir en seguida. Al público.) No, pues no me he confundido de piso: este es el mío; el tercero derecha... ¡Pero este piano...! ¡Estos muebles! ¿Y la cena de los Apóstoles? ¿Dónde está Jesús? ¡Ay, Jesús, yo me voy a volver loco! ¿Y mi hermano? ¿Y San Sebastián? ¿Dónde está San Sebastián?

PER. (Que se ha asomado un momento antes por la primera izquierda, le dice riendo.) En la calle de Atocha.

FLAVIO ¡Tú! ¿Has sido tú el que...?

PER. ¿Te ha trasformado la casa? Sí, tito de mi vida, ¿quién si nó?

FLAVIO Pero...

PER. No me riñas, no te enfades, escúchame que estoy seguro que aprobarás este allanamiento de morada.

FLAVIO Habla.

PER. Tío de mi alma: tú no sabes lo que es un casero enfurecido.

FLAVIO Me da el corazón que lo voy a saber ahora, continua.

PER. El de Trinidad, además de ser propietario de la casa, es dueño de una voluntad de hierro que asombra; se empeñó en echarla a la calle y en vano nos hemos resistido.

FLAVIO ¿Nos?

PER. Sí, tío, nos, porque tú sabes que con ella comparto sinsabores y alegrías, por eso digo nos.

FLAVIO Bueno, ¿pero por qué *nos* habéis dedicado a buscar una nueva vivienda?

PER. Pero si no hemos hecho otra cosa desde que nos amenazó con el desahucio a pretexto de que iba él a vivir el piso, pero tú no sabes cómo están las casas. ¡Ni una miserable buhardilla hemos encontrado! Hoy era el día señalado para el lanzamiento y he aquí un croquis del espectáculo: Yo en la casa solo con las dos mujeres. Trini que se me accidenta, el Juzgado que me anuncia su visita para la una; la otra dando gritos y yo pensando que en ocasiones así el ácido prúsico debe saber a Champán frapé.

FLAVIO Calla, que me das frío.

PER. De pronto una idea asalta mi cerebro, la imágen de mi tío surge ante mis ojos; sí, me digo, el puede evitar la tragedia, las paredes que a él le amparan pueden ampararnos a nosotros, y el techo que le cobija puede cobijarnos también, él es bueno, él me quiere, si supiera que en esta situación vacilaba en pedirle su amparo, me reprendería severamente, pues bien, Perfecto, (Subiendo de tono.) ¡antes que la justicia municipal holle esta casa, hoile estos muebles, que no me halle!

FLAVIO Oye.

PER. Halle.

FLAVIO Oye, digo que no subas mucho de tono, ya te diré luego por qué. Continúa.

PER. Avisé a un carrero, cargó los muebles y ya puedes suponer lo demás. (Fingidamente emocionado.) No tengo más amparo que el tuyo; si nos quieres echar, échanos. (Seca con un pañuelo sus ojos.)

(Hay un momento de pausa. De pronto, Flavio, que habrá estado conteniéndose, se dirige a Perfecto, y abrazándole, y casi sollozando, le dice:)

FLAVIO ¡Hijo de mi alma!

PER. Tío de mi vida.

FLAVIO ¿De modo que Trini?...

PER. Está aquí con su tía, y te suplico que estés todo lo más complaciente que puedas con ella. Hoy cumple años; he encargado la comida al café, vamos a destapar unas botellas de champán...

FLAVIO Bueno; pero ¿y el dinero para todo eso?

PER. ¿El dinero? Es otra cosa que tenía necesidad de confesarte y que te disgustará seguramente, pero tú eres muy bueno y...

FLAVIO (Asustado.) Acaba.

PER. Tú sabes que mamá tenía un corazón... (Viendo llegar a Trini.) ¡Ella! Ya te lo contaré después.

(Por la primera izquierda aparece TRINI arreglada para salir.)

TRINI. Cuando quieras vamos por ese cham... ¿Ah, tu tío?

PER. Mi tío, que. . figúrate... se ha encontrado con la sorpresa y le ha hecho la mar de gracia, ¿verdad?

FLAVIO La mar.

TRINI. ¿Verdad que ha sido una idea inmensa?

FLAVIO ¡La mar!

PER. Si vieras que por tenernos aquí siente un contento...

TRINI. ¿De veras que lo siente?

FLAVIO ¡¡La mar!!

TRINI. Claro, es explicable: usted solo aquí, se aburriría.

FLAVIO ¡¡¡La mar!!!

PER. (Aparte.) La ha tomado con el Mediterráneo.

TRINI. Pues ahora yo le prometo que no se aburrirá. Usted no sabe la vida que hacemos mi tía y yo y la alegría que nos rebosa; apenas nos tiramos de la cama, ya tenemos una canción en los labios, y luego a trajinar, a limpiar la casa, después el maestro que viene a darme lección; ahora tengo en estudio un couplé precioso.

FLAVIO (Con desolación.) ¿Sí eh?

TRINI. De esos que se hacen populares en seguida. Se titula: «Aniceto, tenme más respeto.»

FLAVIO ¡Caramba con Aniceto!

PER. ¡Pues si conocieses la letra!

TRINI. Diga usted que es muy ingeniosa. Dice:

Aniceto,
tenme más respeto
o no voy al cine
ni voy a La Latina,
porque es que pellizcas
de un modo, que me haces
hasta cardenales
en la gabardina.

FLAVIO (Irónico.) Parece de Campoamor.

TRINI. Bueno, pues apenas se va el maestro de canto, viene el de baile; por cierto que me está poniendo uno con música de Wagner.

FLAVIO ¿De Wagner?

PER. ¡Ah, sí, la muerte de Tristán!

TRINI. Resulta un zapateao precioso. Mire usted, cuando hacen las trompas aquellas notas secas, yo empiezo: (Dande fuerte con los tacones.) Pon, pon, pon, pon, pon.

FLAVIO (Asustado y sujetándola.) No, no detalle, para qué... Ya me hago cargo... (Aparte.) ¡Dios mío, pobres marmotas!

TRINI. Y luego, las amigas que vienen a verme y ésta que toca la guitarra, ésta que canta, ésta...

FLAVIO Sí, ésta... (Aparte.) Esta va a dar lugar a que nos echen.

TRINI. Lo que le digo que, con nosotros ha entrado aquí un rayo de alegría, no lo dude.

FLAVIO No, si... ¡de lo del rayo estoy seguro!

PER. Bueno, tú, que el tiempo corre, y...

TRINI. Sí, llevas razón; vamos.

PER. (A Flavio.) En seguida estamos aquí.

TRINI. Hasta ahora.

FLAVIO Andad con Dios. (Trini y Perfecto hacen mutis por la derecha. Elevando los ojos al cielo.) Señor, tú, que todo lo ves, baja y dile a Corbejón que yo no tengo la culpa de la muerte de sus marmotas, porque de esta hecha, abajo no hay quien pegue un ojo, ni con syndetikon... (Dentro de la segunda izquierda se oye la voz de CARO que grita.)

CARO Usté dirá tó lo que quiera. pero yo necesito verle, y le veo... y no me intercete el paso, que arrollo.

FLAVIO (Alarmado) ¡Eh! Parece la voz de Caro.

CARO (Desde la puerta.) ¿Hay venia?

FLAVIO (Aparte.) Hay. ¡Ay, qué cara trae! (Disimulando.) ¿Cómo usted por aquí?...

CARO Preliminar: Haga usted el favor de decirle a la cancerbera que en lo sucesivo no se me obligue a ascender por la escalera interior como si se tratase del proveedor del coke...

FLAVIO Usted comprenderá que yo...

CARO Comprendido, y puesto que la ocasión la pintan depilada, pasemos al objeto de mi ascensión.

FLAVIO Bueno, pero hágame el favor de sentarse.

CARO Agradecido, pero tengo prisa.

FLAVIO Pues, usted dirá.

CARO Mi querido don Flavio; usted y su sobrino están manoseándome el cuero capiloso y a mí no hay quien me lo manosee, salvo que tenga ya pedido hueco, bien en la Necrópolis, bien en una Sacramental, bien en el Civil.

FLAVIO (Aparte.) Bien empieza esto.

CARO El documento en cuestión obra ya en poder del Juzgado, y su acción no tardará en dejarse sentir, pero ya tengo otra acción paralela a la de la justicia: ella emplea el papel sellado y yo este palasán, que puesto en marcha por mí, ríase usted del exprés: ¡ciento cuarenta estacazos por minuto!

FLAVIO ¿Tiene el campeonato?

CARO Tiene la costumbre. Por lo tanto, si dentro de media hora no se han presentado en el café de Lisboa, tercer velador de la derecha, según se entra, bien usted, bien su sobrino, bien un emisario con el efetivo metálico, vengo y paraleleo la acción de la justicia con la mía: ella emplea la fuerza de los códigos y yo la de los bícepes. Me parece que esto es hablar en castellano.

FLAVIO Cervantiño. Pero comprenda usted, amigo Caro...

CARO No comprendo nada, he dicho que no se me toma más el pelo y no, no y no. (A cada no, da un golpe terrible con el palasán en el suelo; apenas ha dado el último, se oye, dados desde el foso, otros tres golpes en el mismo lugar del suelo. Asombrado.) ¡Eh!

FLAVIO (Disimulando.) El eco.

CARO ¿Cómo?

FLAVIO Estas casas modernas tienen de todo... termosifón, baño, eco...

CARO Bueno, pues ya lo sabe usted, de aquí a media hora en Lisboa.

FLAVIO En media hora no sé si llegaré.

CARO Usted no llegará, pero yo vuelvo y... (Levanta el palasán para dar otros golpes en el suelo y Flavio se lo sujeta.)

FLAVIO ¡No! ¡Acción no! Dicción todo lo que usted quiera, pero golpes...

CARO Tié usted razón, los golpes en la cabeza. Conque hasta el completo saldo o hasta los ciento cuarenta por minuto. Servidor. (Hace mutis por la izquierda. Flavio le acompaña cogiéndole el bastón por la contera para impedir que de otro golpe en el suelo.)

FLAVIO Pues sí que se nos presenta un porvenir... ¿de dónde saco yo el dinero para el saldo?... Y que no le liquido yo y me liquida él... porque de los ciento cuarenta no rebaja ni uno por más que le regatee... Y a todo esto, mi hermano puede presentarse de un momento a otro y va a creer también que le he tomado el cuero capiloso, como dice Caro... No, yo voy a llegarme en un momento ahí al continental y le voy a enviar cuatro letras para que no venga; le diré que tengo necesidad de ausentarme de Madrid... qué sé yo... le mentiré una vez más... ¡Dios mío, tú que todo lo ves, llégate a casa de mi hermano y dile!...

(En este momento, aparece por la derecha el DOCTOR CORBEJON, hombre de unos cincuenta años, de unas cejas enormes, barba hirsuta, gafas redondas; blande en la mano un bastón enorme.)

COR. Oiga usted, don Primo, o don Sobrino, o como se llame.

FLAVIO (Aparte.) Corbejón, me lo estaba temiendo.

COR. ¿Usted recuerda lo que le dije al alquilarle el cuarto?

FLAVIO Perfectamente. Silencio... quietud... suelas de goma... Todo por la marmota y para la marmota.

COR. Bueno, pues como vuelva a repetirse el escándalo o se sucedan los golpes, subo y ¿ve usted este bastón? pues manejado por mí ríase usted de una locomotora... ¡Ciento ochenta por minuto!

FLAVIO (Aparte.) Cuarenta más que el otro.

COR. Desde hace media hora me tiene usted loco. ¡Qué de patalear! ¡Qué de arrastrar muebles...! ¡Como si la labor que abajo estoy haciendo, fuera cosa de juego.

FLAVIO ¡Qué ha de ser?

COR. Pues si no es cosa de juego, ¿a qué arrastrar? ¿a qué dar golpes? ¡Que me ha despertado usted ya cuatro marmotas!

FLAVIO ¿Cuatro?

COR. Cuatro. Y de seguir así me despertará usted a las doce; y me despierta usted a las doce y a las doce y cinco esta aquí el juez de guardia levantando su cadáver.

FLAVIO ¡¡Levantar mi cadáver!! ¡Refiambre!

COR. ¿Le parece a usted bien que por su culpa pierda la humanidad un beneficio como el que le preparo?

FLAVIO ¡Qué me ha de parecer!

COR. ¡Que se pierda un caldo de cultivo que puede desterrar a todos los preparados minerales! Porque entre un mineral y un caldo...

FLAVIO (Sin dejarle acabar.) A mí que me den un caldo.

COR. Entonces...

FLAVIO Esté usted tranquilo, que desde este momendo esto es una cripta.

COR. Así sea, porque como una sola marmota empiece a desperezarse, subo, y ¿usted ha oído hablar de Ochoa? Bueno, pues Ochoa a mi lado es un convaleciente. Vaya usted haciéndose una idea.

FLAVIO (Resignado) ¡Ya me la estoy haciendo!

COR. Quede usted con Dios.

FLAVIO Le acompaño, voy a la calle y lo más probable es que no vuelva en todo el día.

COR. Eso me agrada; porque no olvide usted: Ochoa a mi lado...

FLAVIO Un convaleciente, sí...

(Hacen mutis los dos por la derecha. Por la izquierda salen MISERICORDIA y FERMINA.)

FER. Bueno, pues ya que eso está medio arreglao voy a ver si le doy de comer a la chica que tié que irse al taller.

MISER. No deje usted de subir luego a echarme una mano pa montar las camas, porque lo que me ayude mi sobrina... por ella dormiríamos en el suelo.

FER. En cuanto coma y fregue estoy aquí.

MISER. No se preocupe usted de la comida que yo le guardaré... ¿A usted le gustan los pureses?

FER. A mí me gusta todo, tengo boca de lo que soy, de pobre.

MISER. Pues hoy, a Dios gracias, la va usted a tener de rica, porque su pedazo de solomillo, ese se lo va usted a comer a nuestra salú. Ah, y una copa de Champán Moete.

FER. ¡Jesús María y José, Champán! En mi vida lo he probao; no sé a qué sabrá.

MISER. Riquísmo. Lo que hay que tener cuidao es que no se le escape a una por las narices, pero por lo demás... ambrosia. (Suena por la derecha un timbre,) ¿Quién será? (Yendo a la derecha.)

FER. Déjelo, de paso que me voy abriré yo... (Hace mutis.)

MISER. Pué que sea la Trini y Perfecto con el espumoso...

(Entran atropelladamente y con grande algazara por la derecha EMILIA y PAQUITO, JOSEFINA y GONZALO, LUZ, la INGLESITA y FERNANDO. Mientras cada personaje habla, los demás curiosean por el aposento, remueven los muebles y diablean.)

EMILIA Hola, Mise...

JOS. Hola, tía.

LUZ ¿Qué tal el nuevo nido?

MISER. ¡Anda, pues si son estos demonios!

ING. Yo que vosotras me mudo al alto del León.

PAQ. ¡No tendréis humedad, no!

GON. Ciento cuarenta escalones, he tenido el disgusto de contarlos.

FERN. Oye, cuando esté nublao no veréis la calle.

EMILIA (Asomándose a la ventana.) ¡Mi madre, qué altura!

LUZ A mí otro día como no me suban en brazos...

ING. Esto es para tener un novio aviador.

MISER. Bueno, no empecemos ya a poner faltas que ninguna de vosotras, que yo sepa, vive en el entresuelo de La Equitativa.

JOS. Entresuelo no, pero entrecielo tampoco.

PAQ. Bueno, ¿y esa feliz pareja?

MISER. Han ido a encargar el Champán y algunas cosillas.

GON. ¡Hola, tenemos champán!

ING. Por lo visto a Perfecto le ha ido bien en la ruleta.

MISER. Allá él; lo que os digo que tiene dinero y que si es preciso echar la casa por la ventana se echará.

FERN. Y tardaría en caer un mes lo menos.

ING. (Sentándose en el piano y jugando con las teclas.) ¿Os afinaron por fin el piano?

MISER. ¿Que si lo afinaron? Está que la Filarmónica es una carraca a su lao. Toca y verás. (Se oye el timbre de la puerta por la derecha.) Ellos deben ser.

EMILIA Pues vamos a recibirlos con la marcha real.

JOS.
PAQ.
GON. } Sí, sí... Anda, Inglesita, tócala.

MISER. Voy a abrirles.

(Misericordia vase por la derecha. Los demás forman un grupo pintoresco, algunos se suben en las sillas. La Inglesita toca en el piano la marcha real que todos corean. Misericordia aparece seguida de PERFECTO y de TRINI, cada uno con dos botellas de champagne.)

PER. ¡Basta de honores y reservadlos para cuando se destape este!... (Levantando las botellas en el aire. Todos aplauden.)

TRINI. Y la marcha real dejadla para cuando yo sea reina del cuplé. Ahora tocadme el «Rosendo» o el «Nemesio» o el «Gitanillo».

JOS. ¿Qué tal llevas el «Aniceto»?

TRINI. Divinamente; si vieras qué bien le va a mis condiciones.

GON. Ya veo los programas anunciando: «*Aniceto*, creación de Trinidad Zaragoza.»

TRINI. No, ahora no me dejo más que el apellido.

EMILIA ¿No te pones el nombre?

TRINI. Sí, pero en vez de Trinidad me voy a poner uno más sugestivo. Algo así como Tórtola Valencia; yo he pensado ponerme Paloma Zaragoza.

MISER. Y yo le he dicho que pa chafar a la otra se ponga Paloma Zaragoza y Alicante.

PER. Si, para que me tomen a mí por el revisor. (Suena el timbre de la derecha.)

TRINI. ¿Quién será?

MISER. Voy a ver. (Haciendo mutis.)

PER. Tal vez sea mi tío Flavio.

ING. ¡Tu tío...!

TRINI. No preocuparse; ya veréis, un tío simpático y bueno.

MISER. (Que sale seguida del CAMARERO, con el mismo cajón, etc., que la otra vez.) Sí, señor, aquí es.

CAM. (Aparece extenuado, al rojo escarlata.) Entonces es que los señores que había aquí han querido hacerme subir las escaleras otra vez. ¡Pues es una bromita pa terminarla en un juicio de faltas!

TRINI. ¿Pero, qué señores...?

PER. Acaso mi tío..., antes de que yo le advirtiera...

MISER. Viene todo, ¿verdad?

CAM. Todo. ¡Mi madre, con las escaleras!

PER. ¿Cómo trae usted los riñones...?

CAM Ya se lo puede usted figurar, con 140 escalones duplicaos. ¡¡Hechos polvo!!

PER. Me refiero a los que tiene usted encima de la cabeza.

CAM. Ah, a la broche.

PER. Eso es.

CAM. Ahora, que con las idas y venidas esto viene frigorífico.

TRINI. Sí, habrá que calentarlo.

MISER. Por eso no hay que apurarse... Venga usted conmigo.

PER. (Dándole un billete de cien pesetas a Misericordia.) Toma, págale y dale un duro de propina.

CAM. Muchas gracias. Pero que le conste a usted que diez reales, por lo menos, se me van a ir en aguardiente alcanforao pa fricionarme las pantorrillas. ¡Son muchas escaleras!

MISER. Pase usted. (Hacen mutis por la segunda izquierda.)

TRINI. Bueno, ¿pero qué es eso?, quitarse los chapiris, dejar los bolsillos y, mientras nos preparan la comida, tocar o cantar, o hacer algo.

ING. Oye, tú, y no se molestarán los vecinos si movemos mucho ruido.

TRINI. ¿Quién, aquí? Aquí echas la casa abajo y como si nada.

EMILIA ¡Qué felicidad!

JOS. ¡Así da gusto!

PER. Por eso transigimos con las escaleras.

PAQ. ¿Porqué no cantas tú, Trini?

TODOS Sí, sí, que cante.

TRINI. No, yo os complaceré; pero después que comamos.

JOS. Entonces vamos a marcarnos algo.

TODOS Sí, sí.

GON. Anda, Inglesita, toca algo.

FERN. Un fox-trot o one-step.

TRINI. No, no, algo castizo.

PER. Eso, un chotis.

EMILIA } (Palmoteando.) ¡El de la Imperio! ¡El de la Im-
JOS. } perio.

(La Inglesita toca el célebre chotis de la «Imperio.» Perfecto se agarra con Trini; los demas, cada uno con su pareja y bailan. Cuando llega la música al final del segundo verso, darán las tres parejas dos taconazos bien fuertes y acompasados. Lo mismo después del cuarto verso. La pianista enlazará enseguida esta parte del cuplé con el estribillo, a fin de que la escena no se haga pesada. Al llegar al estribillo todos cantan desenfrenadamente.)

Que no pué ser,
que no pué ser,
bailar el chotis
sin dar vueltas al revés.

(En esta situación entra por la derecha, despavorido, frenético, FLAVIO, y acercándose a Perfecto, le dice:)

FLAVIO ¡Tu padre!

FER. ¡Eh!

FLAVIO Tu padre que entra.

PER. ¡Mi madre!

FLAVIO Tu madre también viene.

PER. (Echándole en los brazos de Trini.) Toma, sigue bailando con ella...

FLAVIO Pero es que...

PER. Por lo que más quieras, sálvame del ridículo.

TRINI. Y a mí, porque, ¿qué es lo que dirán estas amigas?

PER. Detrás de aquella puerta estoy. (Hace mutis saltando sobre la «chaisse-longue» hasta la primera izquierda.)

FLAVIO (Desesperado.) Después de todo, perdido por uno, perdido por ciento.

(Rompe a bailar desesperadamente. Por la derecha aparecen PRIMITIVO y CASIMIRA.)

CAS. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Y ahora qué me dices?

PRIM. (En el colmo del asombro.) Pero si no puede ser, si no puede ser.

(Todos cantan y muy en particular Flavio, a quien le toca en ese momento pasar por delante de Primitivo.)

Que no pué ser,
que no pué ser,
bailar el chotis, etc., etc.

CAS. ¡Qué befa!

(En este momento sale por la derecha CORBEJON como una fiera.)

COR. ¡Me han despertado a las doce. Los hago caldo!

PRIM. ¡Qué golpe, Dios mío, qué golpe!

(Corbejón le da en tal punto el primer estacazo y sigue repartiendo palos a diestro y siniestro. Todos, formando un pelotón, corren a la puerta segunda izquierda, en la que precisamente acaba de aparecer CARO con el bastón en alto.)

FLAVIO ¡El de los ciento cuarenta!

CARO ¡Hoy rompo el palasán! (Le da un golpe a Flavio y continúa repartiendo frenéticamente bastonazos entre los demás personajes, que chillan, se escudan con las sillas, se esconden tras el piano, etc., etc. El telón debe caer en el momento en que quedan en el centro de la escena Caro y Corbejón sacudiéndose mutuamente, girando, como energúmenos y haciendo terribles molinetes con los bastones.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

—

(Al levantarse el telón, el maniquí está colocado junto a la mesa, sentado en la misma actitud que en el acto primero. La puerta que comunica al laboratorio con el gabinete está cerrada, con el pasador echado. DOÑA CASIMIRA aparece en el gabinete sentada en una silla.)

CAS. (Hablando consigo e indignada.) ¡Canalla; más que canalla! ¡Libertino, más que libertino! Y por si algo le faltaba, ladrón; sí, ladrón, ladrón...

CAR. (Dentro, cantando.)

Ladrón... Ladrón.
No mereces otro nombre.

CAS. (Llamando.) ¡Carolina! ¡Carola!

CAR. (Asomándose por la puerta del foro.) Señora.

CAS. Hazme el favor de callarte, que no está el día para cancionetas.

CAR. ¿Se siente mala la señora?

CAS. No sé lo que me siento... Es decir, si lo sé... me siento capaz de coger a ese parodia de Tenorio y destrozarlo entre mis manos. ¡Ay! ¿por qué me lo daría Dios por cuñado...?

CAR. La verdad es que Dios algunas veces... porque hay que ver el marido que le ha dao a mi madre.

CAS. ¿Tu padre?

CAR. ¡Dios no lo quiera! Yo soy hija de mi madre y de un tío suyo, que fué el que la llevó por primera vez al tálamo.

CAS. Ah, ya comprendo: enviudó.

CAR. Sí, señora.

CAS. Y éste, por segunda vez la ha llevado...

CAR. La ha llevado todo lo que tenía; pero que ha dejao la casa que el desierto de Sahara es un guardamuebles comparado con ella.

CAS. ¡Otro Flavio!

CAR. ¿Se sabe ya que ha sido el señorito Flavio el que se ha llevado el pendatif?

CAS. ¿Quién si no él? Las manos pondría en una parrilla.. El, que conocía la alhaja; él, que sabía que yo apenas, o mejor dicho, nunca me la ponía; él, que sabía donde la guardaba y, por último, él, que conocía su valor...! ¡Un pendatif en forma de corazón rodeado de brillantes, heredado de mi madre!

(Suena el timbre de la puerta.)

CAR. Debe ser el señor.

CAS. Sí; cuando notamos la falta del corazón salió en busca de su hermano. Abréle.

CAR. Comprendo. (Mutis foro.)

CAS. ¡Dios, quiera que no haya hecho más que empeñarlo; porque si lo ha vendido... si lo ha vendido...!

(Por el foro entra PRIMITIVO; al quitarse el sombrero se ve que una venda negra le cruza la cabeza en forma semejante a la que emplean los aragoneses para colocarse su clásico pañuelo. Por encima de la venda negra, ha de verse asomar otra, blanca, formando como un vivo de un centímetro de ancho.)

PRIM. Ya me tienes aquí.

CAS. ¿Qué? ¿Le has visto?

PRIM. Nada.

CAS. ¿Has ido a la casa?

PRIM. He ido.

CAS. ¿Pero, has subido?

PRIM. No... le hice subir a Domingo; yo, la verdad, tenía miedo de encontrarme en las escaleras con el tío que me arreó el bastonazo...

CAS. Calla, calla, no me lo recuerdes.

PRIM. Y gracias a que me pilló de refilón, que si me dá de lleno, todavía me están dando puntos de sutura y en vez de venda me hubieran puesto un turbante.

CAS. Yo me harté de llamarle animal.

PRIM. Sí, pero él se hartó de dar estacazos.

CAS. Bueno, ¿pero qué? ¿Subió Domingo, y...?

PRIM. Subió Domingo y no había nadie. Decidí buscarle por los cafés... He estado en Puer-

to Rico, he estado en Lisboa... De Lisboa me fuí a Gijón... He corrido no sé cuantas cervecerías, y últimamente he ido, ¡asómbrate, Casimira!, he ido a Máxim.

CAS. ¡Tú! ¡Tú en ese templo de las saturnales!

PRIM. ¡Yo! Había que ver de qué temple iba yo al templo, como tú lo calificas; pero allí van mujeres, se juega, se bebe, se triunfa... ¡Qué mejor lugar para encontrarle...?

CAS. ¿Y tampoco?

PRIM. Tampoco. Ahora que a mí me pareció mentira que no estuviera, y me dije: «él tiene que venir; siéntate y espera».

CAS. ¿Y te sentaste?

PRIM. Sí, y pedí... no sé qué... un ajenjo... Y además me atreví a preguntarle a una de... bueno, a una de esas elegantes, que por el acento debía ser francesa, que si conocía a un tal Flavio, mejor dicho, Tito Flavio, como burlonamente le llaman sus camaradas de juerga.

CAS. Seguramente le conocería.

PRIM. La francesa no, pero señalándome a otra que estaba en el fondo me dijo: «¿Tito Flavio?, pregúnteselo usted a aquella, que es romana». Yo no quise trabar conversación con más mujeres y me salí avergonzado de mi poca fuerza de voluntad, porque no debí entrar nunca, ¡nunca!

CAS. ¿Y qué hacemos, porque si, como me da el corazón, ha vendido el corazón...?

PRIM. Calla, Casimira, calla.

CAS. La bacanal que por desgracia presenciamos la ha costeado el pendantif. No lo dudes, Primitivo, esas cosas cuestan mucho dinero... Ahora, que yo que tú daba parte al Juzgado.

PRIM. (Atemorizado.) ¿Al Juzgado? ¡Mi apellido rodando por las secretarías judiciales...! ¡Un Sobrino sentado en el banquillo de los reos..! No, no... prefiero que se pierda... ¡Además, se enteraría Perfecto!

CAS. ¡Pobre hijo mío! ¡Si él hubiera podido presenciarlo todo detras de una puerta...! ¡No lo defendería como lo defiende!

PRIM. Apropósito de nuestro hijo...

CAS. ¿Qué pasa?

PRIM. No quería decirte nada, porque como estás

excitada y te suelen dar esos ataques convulsivos... pero...

CAS. (Alarmada.) ¿Pero qué? Habla, por Dios...

PRIM. No, si no es nada por ahora, pero pudiera serlo, y...

CAS. Acaba, que tengo los nervios que ni los bailes rusos.

PRIM. Esta mañana entré en su cuarto de trabajo a empapar de sublimado el algodón que me cubre los dos puntos de sutura, por cierto que, quizá, para darle más propiedades desinfectantes, debe estar disuelto en alcohol, porque escuece que rabia...

CAS. Ahora me explico ese olor a Cazalla que echabas.

PRIM. Pues, como te decía, entré en su cuarto y en el suelo, cerca de la mesa, me encontré una carta, que sin duda debió de caérsele.

CAS. ¿Una carta?

PRIM. Una carta de Flavio.

CAS. ¿De Flavio?

PRIM. Excuso decirte el interés con que la leí, y excuso también decirte la alarma que sembró en mí... Nuestros temores se han confirmado. Nuestro hijo está malo de la cabeza; ese estudio tan constante... él, sin duda, no ha querido decirnos nada por no alarmarnos; pero, oye, oye y te convencerás... (Saca una carta y lee:) «Perfecto: He visto a Zancudo y me ha dicho que, si acudes a tiempo, eso de la cabeza tiene remedio.»

CAS. ¡Hijo de mi alma!

PRIM. (Leyendo.) «Pero que no lo dejes, porque te expones a que un día se te quede entre las manos.»

CAS. ¡Jesús bendito!

PRIM. (Leyendo.) «Si no por tí, por lo menos porque tus padres no se enteren, que habría que ver el disgustazo que se llevarían. Hazlo, Perfecto, deja que te afirmen bien la cabeza, que ya sabes que Zancudo es una especialidad para eso.—*Flavio*.»

CAS. (Excitándose.) No, si esto me lo temía yo... si hemos sido demasiado débiles... y de esto tienes la culpa tú...

PRIM. ¡Yo!

CAS. Tú, que como padre has debido reglamentarle las horas de estudio, prohibiéndole que

se pasase las mañanas y las noches ahí sentado bebiéndose los libros... Anoche, sin ir más lejos, a las seis de la mañana no estaba en su cuarto.

PRIM. Sí, sí, llevas razón, pero se me hacía tan duro regañar a un hijo porque quiere ser estudioso. ¡Me parecía un contrasentido! Y luego, como es tan bueno, tan formal.

CAS. Sí, pero figúrate que eso de la cabeza...

PRIM. Sí, pudiera convertirse en una afección mental...

CAS. ¡Loco! ¡Mi Perfecto loco! Tendrían que ponerme a mí la camisa...

PRIM. ¿Qué dices?

CAS. La camisa de fuerza, porque la que se volvía loca era yo... No, no, esto hay que cortarlo en el acto. ¿Dónde está Perfecto?

PRIM. ¿Dónde ha de estar? Abismado en el estudio. Y luego, con esa manía de correr el pasador para que no le molesten...

CAS. (Mirando por el ojo.) Sí, ahí está...

PRIM. Pues ya debe llevar algunas horas.

CAS. ¡Claro! Así, no digo yo la cabeza, la vida se la va a dejar... No, no. (Llamando.) Perfecto..., hijo mío... (Llama más fuerte.) Perfecto... (Mira otra vez.) ¡No se mueve! (Llamando más fuerte aun.) Perfecto..., hijo... (Mira.) ¡Ay, Primitivo qué sospecha...!

PRIM. No, mujer, no... Es que se habrá quedado vencido... Tú misma dices que anoche apenas durmió. (Acercándose y llamando muy fuerte.) ¡Perfecto... Perfecto! (Mira.) ¡Nada!

CAS. } (A un tiempo y golpeando la puerta.) ¡Perfecto...
PRIM. } hijo!

CAS. (En el colmo del terror.) ¡Ay, mi hijo se ha puesto malo...! ¡Mi hijo se me muere...!

PRIM. Calma, calma, quizá sea un desvanecimiento...

CAS. ¡Ay, un médico!

PRIM. Un médico y un cerrajero, porque este maldito pasador...

CAS. ¡Ay, a mí me va a dar algo!

PRIM. ¡Por Dios, Casimira...! (Llamando al foro.) Domingo... Carola... Domingo... Vamos, mujer, ten ánimo.

CAS. No puedo... se muere... me muero...

(Por el foro hacen salida DOMINGO y CAROLA.)

CAR. ¿Llamaban los señores?

PRIM. (A Carola.) Sí, traigame usted corriendo el destornillador, ese grande que hay en mi despacho.

CAR. Voy. (Hace mutis por la primera derecha.)

PRIM. Y tú, llégate en seguida a casa del doctor Ricinez y le... pero no, Ricinez vive muy lejos... llégate a la Casa de Socorro y... pero también está a una distancia enorme.

CAS. Mejor es que vayas a casa de doña Margarita, al hotel de enfrente...

DOM. Sí; ya sé.

CAS. Creo que todos los martes viene a comer con ella su cuñado, que dicen que es un médico eminente. Ruégale en mi nombre que si está se venga contigo en seguida.

PRIM. Sí, que es un caso de urgencia.

DOM. ¿Pero, es que?...

PRIM. No te entretengas, que es para el señorito Perfecto.

DOM. (Asustado.) ¡Para el señorito! Ah, pues yo me traigo á ese, y si no está me traigo a tós los médicos de Madrid.

PRIM. Pronto, que quizá sea un amago de congestión.

DOM. (Dando un salto.) ¿Congestión...? (Sale corriendo por el foro.)

CAS. (Dando un grito.) ¡Congestión! ¡Ay! (Suspira muy fuerte y cae desmayada en los brazos de Primitivo.)

PRIM. Por Dios, Casimira, que no es una congestión, que es una suposición. No te desmayes ahora. (Llamándola.) Casimira...

CAR. (Saliendo con un destornillador grande.) Aquí lo tiene usted.

PRIM. Bueno, y ahora no queda en casa nadie más que tú, ¿verdad?

CAR. Está ahí mi madre, que ha venido porque su marido...

PRIM. No me cuentes ahora nada. Anda, ayúdame a llevar a la señora a la cama y te quedas a su cuidado mientras yo...

CAR. ¿Pero, qué le ha dado?

PRIM. No hay que alarmarse. Esto es frecuente en ella... Vamos... (Entre Primitivo y Carola entran a Casimira por la segunda derecha.)

(En la ventana del foro, que se supone da al jardín, se oyen unos golpes en los cristales y la voz de FLAVIO, que llamando misteriosamente dice:)

FLAVIO ¡Perfecto! ¡Perfecto...! Mira lo que te traigo.

(Se ve el brazo de Flavio que coloca en los cristales una cabeza igual a la del muñeco. Sigue llamando:) ¡Perfecto...! ¡Perfecto...! (Al ver que no le contestan figura que se retira.)

PRIM. (Vuelve a entrar dirigiéndose rápidamente a la puerta del estudio; mira y llama.) ¡Perfecto...! (Viendo que sigue sin contestarle mete el destornillador entre la unión de la puerta y el marco y haciendo palanca forcejea hasta que la puerta cede.) (*) ¡Ah, por fin..! (Se dirije al maniquí y cogiéndole la cabeza con las dos manos le dice emocionado:) ¡Perfecto, hijo mío...! (Con la nerviosidad y la emoción hace un movimiento y se queda con la cabeza entre las manos.) ¡¡Eh!! ¿Qué es esto? (Se acerca a la mesa y examina el maniquí.) ¡Será posi...! Sí, sí, no cabe duda... ¿Pero tan ciegos hemos estado...? Calma, Primitivo, calma, que vas a perder la cabeza. (Se pasea pensativo; de pronto exclama:) ¡Ah! (Se acerca al maniquí, le pone la cabeza, lo coloca exactamente igual que antes, llega a la puerta de comunicación, figura que arregla un poco el pasador y pasa, y colocando un pedazo de papel de modo que no se vea por el lado de la izquierda, deja la puerta cerrada y él queda en el gabinete. Apenas terminada la operación, se oye en el foro la voz de CAROLA que discute con TRINI.)

CAR. Le digo a usted que no se puede pasar.

TRINI. Y yo le digo a usted que paso.

PRIM. (Yendo al foro.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

CAR. (Asomándose.) Una joven, que se empeña en ver al señorito Perfecto.

PRIM. ¿A mi hijo?

CAR. Dice que lo ve por las buenas o por las malas.

PRIM. Déjala pasar.

(Carola hace mutis e inmediatamente después aparece en la puerta del foro, agitada, convulsa, pálida, TRINI.)

TRINI. Usted perdo... pe...

PRIM. Tranquilícese, joven, tranquilícese y pase.

TRINI. (Avanzando.) ¿Y Perfecto? ¿Dónde está Perfecto? Quiero verle.

(*) El pasador puede accionarse por medio de una cuerdecita cuyo extremo pasa a través de la puerta y de la cual tirará el actor con la mano izquierda cuando lo juzgue conveniente; simulando, entretanto, que con la mano derecha fuerza la puerta con el destornillador.

PRIM. ¿Usted quiere ver a mi hijo?

TRINI. Sí, y por lo que usted más quiera no se oponga... Me he encontrado en la calle a Domingo que apenas podía contener las lágrimas. Iba en busca de un médico...

PRIM. ¡Ah, vamos! ¿y él la ha enterado?...

TRINI. Usted comprenderá que de otra manera no me hubiera atrevido nunca, pero se muere...

PRIM. ¿Que se muere? No... no hay cuidado.

TRINI. Domingo me ha dicho no sé... una aplopejía fulminante... a dos señores que se cruzaron con él, los detuvo preguntándoles que si eran por casualidad médicos.

PRIM. Domingo exagera... Siéntese usted, joven, siéntese.

TRINI. (Sentándose.) ¿De modo que?...

PRIM. Nada, un ligero desvanecimiento... Claro está, que esas cosas alarman un poco, pero ya pasó y puedo asegurarle a usted que Perfecto está completamente bueno.

TRINI. (Con timidez.) ¿No me engaña usted?

PRIM. Le doy mi palabra de honor. ¿Cómo si no se explicaría usted esta tranquilidad mía?...

TRINI. Sí, es verdad... (Pausa.) Entonces... (Hace ademán de levantarse.)

PRIM. (Conteniéndola.) No, no se vaya usted, se lo suplico. Ya que la suerte o la desgracia la ha traído hasta aquí, yo quisiera que... Ante todo, tenga usted en cuenta que por mi parte no hay más que súplica... súplica que usted seguramente atenderá...

TRINI. No comprendo...

PRIM. Vamos, vamos, tranquilícese del todo y no tenga temor ninguno... Lo que usted ha hecho me parece muy razonable, puesto que (Insinuante.) mi hijo y usted...

(Pausa. Primitivo va dejando caer las palabras poco a poco para enterarse de todo.)

TRINI. (Siempre con humildad.) Sí, sí, señor...

PRIM. ¿Ya hace tiempo que se conocen ustedes, verdad?

TRINI. Tres años.

PRIM. ¿Una amistad íntima? (Trini no se atreve a contestar afirmativamente con los labios y lo hace con cierto miedo con un ademán de cabeza.) Intimidad que esperaría como premio que la llevase al altar.

TRINI. No, nunca hemos hablado de eso. Al con-

trario .. he llegado a saber que se piensa casar con otra y...

PRIM. ¿Y usted le habrá amenazado con el escándalo?

TRINI. Le he amenazado porque le quiero... pero no como usted quizá se figure, no: le quiero porque le quiero y en mi querer nadie manda, le quiero...

PRIM. Sí, conozco la copla.. ¿Y no ha pensado usted alguna vez que esos amores pudieran tener un término, que llegase un momento en que él porque... le gustase más otra, o porque su posición o su carrera le obligase a...?

TRINI. Ya lo creo que lo he pensado, y no una vez, muchas... pero su tío...

PRIM. ¡Flavio!

TRINI. Don Flavio, sí, ese hombre que el día que se muera, si no bajan cinco o seis santos para ir en el acompañamiento, no hay justicia en el cielo; ese me lo ha quitado siempre de la cabeza. «Perfecto es un niño, Perfecto es un alma de Dios, incapaz de nada malo, no dudes». ¡Que no dudase! como si yo fuese ciega o no estuviera enterada de la vida que hacía... de las noches que se pasaba en las salas de juego... de las trampas que tenía que pagarle su tío...

PRIM. ¡Eh!

TRINI. De los cincuenta mil compromisos en que lo ponía, de... ¡Ay, pero perdone usted, me olvidaba que estaba hablando con su...!

PRIM. Al contrario, siga, se lo suplico ahora más que nunca... ¿De modo que Perfecto?...

TRINI. Es una cabeza loca, una bala perdida... yo comprendo que no se puede hacer carrera de él, que a su lado ni yo ni ninguna mujer sería feliz, pero...

PRIM. ¿Pero qué?...

TRINI. (En éxtasis de hembra enamorada.) ¡Pero es tan guapo!... Tiene una figura y un ángel... Además tiene un corazón...

PRIM. (Acordándose del pendantif.) ¿Un corazón, dice usted que tiene un corazón?...

TRINI. ¡De oro!

PRIM. Con un cerco de brillantes, ¿verdad?

TRINI. (Lastimada por creer que se burlan de ella.) Si lo toma usted a broma no hablo más.

PRIM. (Rectificando su actitud.) Sí, sí, tiene usted razón, perdóneme pero es que... ¿De modo que mi hermano Flavio?...

TRINI. Es locura la que siente por él; cuanto hace de malo el sobrino se lo culpa el tío, si fuese capaz Perfecto de cometer un asesinato, estoy segura de que ahorcaban a Flavio.

PRIM. (Aparte y con gran pesadumbre.) Y yo que le... Ah, no, le debo una reparación, qué digo una reparación, más, mucho más...

CAR. (Entrando por el foro.) Señor...

PRIM. ¿Qué quieres?

CAR. El médico que manda doña Margarita, la del hotel de enfrente...

PRIM. Ah, sí, el cuñado ese que viene a comer todos los martes, y el caso es que ya... En fin, que vea a la señora.

TRINI. (Levantándose.) Entonces...

PRIM. No, aún no; necesito dejar aclarado con usted varios puntos; pase usted conmigo aquí a este despachito. Carola, entra al doctor y si pregunta por mí, discúlpame con él.

CAR. Está bien. (Mutis foro.)

PRIM. Pase usted; y no sabe lo que le agradezco que haya venido.

TRINI. ¿De veras?

PRIM. No lo sabe usted muy bien. Pase. (Entran en la primera derecha.)

(Por el foro aparece, seguido de CAROLA el DOCTOR CORBEJON, al quitarse el sombrero se le nota una venda negra (*) que le cubre la cabeza.)

CAR. Voy a anunciarle a la señora, que...

COR. Bueno, bueno, pronto, que tengo el tiempo contado... (Vase Carola por la segunda derecha. Corbejón preocupadísimo monologuea.) Si no es por Margarita... Porque hay que ver el humor que tengo yo para visitar a nadie... ¡Ni una! ¡No me ha quedado ni una marmota! ¡Doce ejemplares magníficos que dormían a pata suelta y que me iban a proporcionar ese suero que causaría en el mundo de la ciencia

---

(*) Esta venda como las de los demás personajes que en este acto aparecen heridos, debe ser muy visible, aunque no ancha, parecida según queda indicado a los pañuelos con que se tocan los baturros y colocada como suelen usar éstos. La de Corbejón será negra, viéndose algo de la gasa blanca que lleva debajo.

un escándalo... muertas... muertas, por otro escándalo, es decir, por un escandalazo... porque hay que ver la que se movió! Las Navas de Tolosa fué un dime y un diréte al lado de aquello... ¡Yo no he dado más palos en mi vida... ¡Y si no es porque aquel tío del palasán me atizó en este temporal, que casi me hizo perder el sentido, todavía estoy dando palos... Una cosa me apena... No haberle dado uno fuerte a aquella señora que no cesaba de llamarme animal... Seguramente tendría la culpa de la juerga y encima me insultaba... Ah, pero yo me la tropezaré alguna vez, y el día que la tropiece se cae... ¡Llamarme a mí animal...! ¡A mí..!

CAR. (Saliendo.) Pase usted, la señora aún sigue desmayada...

COR. ¡Desmayada!.. Pues ella verá lo que hace, porque yo tengo prisa... Vamos a ver...

CAR. (Entrando detrás.) (¡Qué poco amable es este tío!) (Entran.)

(Asoma la cabeza por donde hizo mutis PRIMITIVO y llama.)

PRIM. ¡Domingo, Domingo, a que no ha vuelto ese animal!... ¡Domingo!

DOM. (Saliendo.) Señor...

PRIM. Llégate corriendo al café de Lisboa, según se entra a mano derecha el tercer velador, un señor Caro, que haga el favor de venir en seguida. El camarero mismo te lo indicará.

DOM. ¡Está bien! ¿Y el señorito Perfecto?

PRIM. Ya se encuentra mejor, anda.

DOM. Volando. (Hace mutis.)

PRIM. Si no es por esta joven... ¡Pobre Flavio! ¡Pobre hermano mío! (Vuelve a entrar.)

(Sale de la segunda el DOCTOR CORBEJÓN.)

COR. (Para sí, indignado.) ¡Sí, es ella, ella, estoy segurísimo...! Si no llega a estar privada la privo yo... No sé como me he podido contener...

CAR. (Saliendo.) ¿Desea alguna cosa el señor doctor?

COR. No.. digo... sí. (Aparte.) Este es el momento de mi venganza; ¡me las paga... vaya si me las paga!

CAR. ¿Quiere que le traiga recado de escribir?

COR. No. El tratamiento no puede ser más senci-

llo. Ahora que es necesario que lo cumpla al pie de la letra.

CAR. El señor dirá.

COR. Treinta días a dieta, duchas frías por la mañana y todas las tardes que se suba corriendo la cuesta de las Perdices... (Aparte.) ¡Dura menos que las marmotas! (Hace mutis por el foro.)

CAR. ¡Este tío no me cogía a mí la muñeca ni pa ponerme un reloj de pulsera! (Mutis.)

(Sigilosamente se siente abrir la puerta de la izquierda que figura da al jardín y se ve entrar a PERFECTO que se acerca hasta el maniquí y le dice.)

PER. ¿Qué? ¿Se ha estudiado mucho? Eso es bueno... Hay que hacerse un sabio. Y ahora a descansar un poco... Te lo pedirá la cabeza, ¿verdad? (Abre el armario coge el maniquí y lo coloca, cerrando después) Pero no te apures, cuando esa se niegue, tendrás otra... sí señor, otra cabeza... (En este momento se oyen dos golpes en la ventana y la mano de FLAVIO que asoma la cabeza.) ¿Otra cabeza?

FLAVIO (Desde dentro.) ¡Perfecto, Perfecto!

PER. ¡Ah, es mi tío! (Se acerca a la puerta del jardín y asomando medio cuerpo llama.) ¡Tío, tito!

(Entra en escena FLAVIO trayendo medio liada en un papel una cabeza igual a la del maniquí, pero nueva. Trae también la cabeza suya cruzada por una venda blanca.)

FLAVIO ¿Hace mucho que has venido?

PER. En este momento.

FLAVIO Lo digo, porque te he estado llamando antes por los cristales.

PER. Bueno, ¿pero qué me traes ahí?

FLAVIO ¿Qué quieres que te traiga? Como sé lo descuidado que eres y que no ibas a ir nunca a casa de Zancudo, te traigo la cabeza.

PER. Bueno, ¿y el corazón? Ya sabes que lo que me importa es el corazón. Quiero colocarlo antes de que lo echen de menos.

FLAVIO El corazón no he podido traértelo porque el dueño de la casa de compra-venta se empeña en que el trato fué de venta.

PER. Mentira, te lo juro.

FLAVIO ¡Qué me vas a decir! Se ha echado sus cuentas... ha visto que es un negocio quedarse con él y... ¡Ah, pero yo le arranco el corazón a ese tío!... Estate tranquilo.

PER. No puedo: tengo miedo de que noten la falta y como ahora no estás tú aquí...

FLAVIO Ah, pero puedo haber venido a algo, por eso no te apures.

PER. (Mirándole la cabeza.) Bueno, ¿cómo llevas el estacazo?

FLAVIO Pues hijo lo llevo con... resignación, ¿qué quieres que haga?

PER. Te pregunto si estás mejor.

FLAVIO Mucho mejor, ya no me duele tanto.

PER. ¡Qué bárbaros! ¡Había que ver a los dos arreando estacazos!

FLAVIO ¡Parecía un concurso! ¿Y tu padre está vendado también?

PER. También está vendado. Y Emilio y Gonzalo y Pepito... Como que cuando salisteis a la calle parecíais una rondalla aragonesa.

FLAVIO (Dejando la cabeza sobre la mesa.) Apropósito de tu padre, voy a hablar con él.

PER. (Extrañado.) ¿Tú, hablar con él?

FLAVIO Sí, yo. He sabido por la portera, que ha estado en casa buscándome; después me ha dicho don Eulogio que le vió en la Puerta del Sol, y que al saludarle le dijo que iba a ver si me veía en algún café. .

PER. Ay tío, eso de que mi padre te busque me da mala espina...

FLAVIO ¿Crees que...?

PER. No sé, no sé...

FLAVIO No te apures que aquí estoy yo para salvarte de todo. Aparte de que será para increparme por lo de la bacanal, o por lo de la fotografía; lo de la fotografía le debe haber sentado como un tiro... Ya lo verás... Anda, pasa.

PER. No, no, yo no me atrevo: porque si habla del pendantif me va a conocer en la cara... Voy a llegarme hasta la esquina, que Trini debe haber venido y ahí te espero... Ya me dirás tú...

FLAVIO Como quieras.

PER. Ah, mira, hazme el favor de salir conmigo y al llegar a la verja echas una ojeada por si está Salvadora, porque si está no salgo.

FLAVIO ¡Salvadora! ¿Pero esta en Madrid?

PER. Por lo visto.

FLAVIO ¡Pues esa es también de cuidado! ¿Y qué es

lo que quiere ese pedazo de alcornoque? ¡Porque mira que es bruta!

PER. No sé, me ha escrito esta mañana diciéndome que tiene una idea.

FLAVIO ¿Una idea Salvadora?

PER. Sí, la de darme un escándalo cuando esté hablando con Trini, y ya puedes comprender...

FLAVIO Ah, pues no tengas cuidado que como esté, el escándalo me lo tiene que dar a mí... Ahora que como venga con sombrero no me acerco a ella.

PER. ¿Por qué?

FLAVIO Porque a mí la aguja no me la clava... Con las uñas transijo y eso que las tiene que son navajas, pero la aguja es un estoque...

PER. ¡Un verdadero estoque!

FLAVIO Y que se tira a matar.

PER. (Riéndo.) Anda, anda, vamos. (Hacen mutis por la puerta del jardín.)

(Por la del foro de la derecha aparece CARO, que también trae la cabeza con una venda blanca y DOMINGO.)

CARO ¿De modo que dices que don Primitivo...?

DOM. Sí, señor, él en persona me ha ordenado que lo busque y lo traiga.

CARO Pues me has encontrado por un azar de la veleidosa fortuna. Y no es porque fueses mal dirigido. El tercer velador según se entra en el café de Lisboa, durante las horas de la tarde, es como si dijéramos el edificio social donde tiene instaladas sus oficinas «Caro y Compañía. S. en C.»

DOM. ¿Ese en Cé?

CARO Sociedad en Comandita. Tú, en abreviaturas comerciales estás completamente asperjes... Ahora, que si tardas dos minutos más no me encuentras, porque pensaba llegarme a la puerta de la casa de don Flavio.

DOM. ¿Tenía usted cita con él?

CARO Tenía curiosidad por ver qué entierro llevaba... porque el estacazo que le dí se lo doy al caballo de bronce que monta Espartero y a estas horas van los dos por Guadalajara a galope tendido.

DOM. Pues usted también parece que tiene...

CARO Un palo.. Pero un palo que si me pilla de lleno en la bóveda craneana, tal como hoy, descanso yo en otra bóveda. Ahora, que esa

es una cuenta que tengo pendiente con el tío que me lo atizó y contra más días pasen (Acariciando el palasán.) más intereses. De modo que avisa.

DOM. En seguida. (Entra primera izquierda.)

(Caro se pasea haciendo giros con el palasán. Después, como obsesionado con las escenas del acto anterior, golpea con el bastón en el suelo y haciendo ademán de escuchar, se inclina a tierra por si también allí responde «el eco».)

(Por la puerta del jardín entra FLAVIO.)

FLAVIO Afortunadamente, no estaba la Salvadora... Ahora vamos a saber por qué me buscaba mi hermano. (Se arregla un poco la corbata, etc.)

DOM. (Saliendo.) Que le perdone usted, que en seguida sale.

CARO (Que sigue haciendo molinetes.) Perdonado.

DOM. (Haciendo mutis.) Qué tío pa una película.

FLAVIO (Dirigiéndose a la puerta.) ¿Habrá sospechado algo de Perfecto? Ah, como sea eso, yo se lo quito de la cabeza.

(Abre y pasa y se encuentra con Caro. La estupefacción de los dos será lo más cómica posible.)

FLAVIO (Asombrado.) ¿Usted?

CARO (Idem.) ¿Usted?

FLAVIO (Tratando de irse.) Usted lo pase bien.

CARO (Conteniéndole.) ¡Eh, poco a poco! Usted no se va; usted es mío.

FLAVIO ¿De usted? (Tratando nuevamente de irse.) De usted afectísimo.

CARO (Cogiéndole.) He dicho que no se va y usted se queda ahí como si le hubieran pegao.

FLAVIO ¡Pa que me vuelva usted a pegar!

CARO Aquí no, porque, aunque de natural vehemente, sé respetar la casa ajena; en la calle varío.

FLAVIO Y yo también varío.

CARO ¿Usted?

FLAVIO Varío de calle para no encontrármelo a usted.

CARO Inútil; escóndase donde se escóndase, o váyase donde se váyase, como no me pague, el final corre a cargo de la Sociedad de Pompas fúnebres. A usted y a su sobrino los sepelan, (Jurando.) por éstas.

FLAVIO (Transformado súbitamente al oir que amenazan a su sobrino, adoptará una actitud de feroz acometividad.) Pues, ¿sabe usted lo que le digo? Que a mí

podrán sepelarme, como usted dice, pero si le toca a mi sobrino al pelo de la ropa, me lo como a usted. No sé cómo, pero me lo como.

CARO (Subiendo de tono.) ¿A mí?

FLAVIO (Idem.) A usted, sí.

PRIM. (Saliendo.) Péro, ¿qué voces son esas?

FLAVIO (Aparte.) ¡Primitivo!

CARO Aquí, el moroso, que encima de no pagar...

PRIM. Basta. ¿A cuánto asciende la deuda?

CARO El caso es que la deuda...

PRIM. Déjese de consideraciones, y el total pronto...

CARO (Recapacita. Pausa.) Mil de capital y mil doscientas ochenta con cuarenta y cinco de intereses, dos mil doscientas ochenta con cuarenta y cinco, según balance hecho por mí y por mi compañero Saturnino Sierra.

FLAVIO Saturnino Sierra Morena.

CARO (A Flavio.) Precocidades, no.

PRIM. Basta; venga usted mañana a las doce con los justificantes y le abonaré la cantidad.

CARO ¡Ah, se hace usted copartícipe!

PRIM. (Indignado.) Me hago... solidario y esté usted tranquilo, que jamás he faltado a mi palabra.

CARO Siendo así... mi deber es eliminarme y elimínome. Hasta mañana a las doce, que vendré con el pagaré.

PRIM. Y yo pagaré.

FLAVIO No, tú...

PRIM. Yo pagaré he dicho. Buenas tardes.

CARO (Desde la puerta del foro.) Queden con Dios los baturros. (Mutis.)

(Al hacer mutis Caro, Primitivo mira fijamente a Flavio, que estará inquieto, y le dice:)

PRIM. ¡Flavio!... ¡Flavio!...

FLAVIO (Aparte.) Me va a dar un golpe!

PRIM. (Sacando una browning y dirigiéndose a él.) Flavio...

FLAVIO (Corriendo por el gabinete.) ¡No! ¡Un tiro, no!

PRIM. (Llegando hasta él.) Flavio, toma. (Le alarga la browning.)

FLAVIO ¡Eh!

PRIM. Toma y tírame a mí, y tírale a Casimira, y tírale a Domingo, y tírale a la criada... Sí, tírales a todos.

FLAVIO ¿Que les tire? ¿Pero esto es un pim, pam, pum?

PRIM. Todos, todos te hemos vejado, todos te he-

mos insultado, todos te hemos calumniado. Yo, hasta hace un momento he estado vomitando injurias contra ti, he estado vomitando ofensas, sí, he estado vomitando...

FLAVIO ¡Primitivo, tú has bebido! Porque te juro que no te entiendo...

PRIM. Flavio, basta de farsa y dame tus brazos, y con tus brazos tu perdón.

FLAVIO ¿Pero qué dices?

PRIM. Que no eras tú el libertino, que no eras tú el tramposo...

FLAVIO (Aparte, aterrado.) ¡Demonio, si se habrá enterado!... Ah, no, pues yo no abandono a mi sobrino. (Alto.) ¿Que no soy yo?...

PRIM. Desgraciadamente, no; y digo desgraciadamente, porque ya comprenderás que sé que es mi hijo.

FLAVIO (Indignándose cómicamente.) ¿Perfecto? ¿Mi Perfecto un sinvergüenza?

PRIM. Un sinvergüenza perfecto.

FLAVIO Mentira... Aquí no hay más sinvergüenza que yo. Yo, que donde quiera que voy va el escándalo conmigo; yo, que me he jugado el dinero que heredé de mis padres; yo, que organizo bacanales; yo, que me emborracho; yo, que me peleo; yo, yo, que engaño a las mujeres... yo... yo... yo no sé qué decir más. ¡Yo que siempre de los hombres me reí!...

PRIM. No te canses.

FLAVIO (Queriendo continuar.) Yo, que... Yo, que...

PRIM. Yo que tú me callaba. El cariño que sientes por Perfecto te redime de la farsa que quieres sostener, pero es inútil, te repito que estoy bien informado.

FLAVIO ¿Pero quién ha podido decirte?...

TRINI. (Saliendo.) Yo.

FLAVIO (Asombrado.) Trini.

TRINI. Yo; inconscientemente al principio; después con toda mi alma.

FLAVIO ¡Tú, que tanto lo querías!...

TRINI. Que tanto lo quiero... Precisamente por eso: porque usted, tapándole sus culpas y yo, arrebatándole de sus estudios y de su casa, íbamos a hacer de él... qué sé yo...

PRIM. Sí, Flavio, sí; a ella le debo la inmensa alegría de que mi hermano vuelva a mi cariño y de que mi hijo se enmiende, si posible es su enmienda.

TRINI. Lo es, sobre todo cumpliéndole como le voy a cumplir lo que le he ofrecido ahí dentro.

FLAVIO ¿Qué le has ofrecido?

TRINI. Algo así como arrancarme el corazón, algo que, ni mi frivolidad, ni mi vida, ni mi carácter, dejaban sospechar... Voy a sacrificarme; voy a mentirle y a dejarle para siempre (Casi sollozando.) y no sé, no sé lo que esta mentira y este olvido me puede costar...

PRIM. Tendrá usted siempre mi gratitud.

(En este momento se siente abrir la puerta del jardín.)

FLAVIO ¡El llega!

TRINI. (Enjugándose las lágrimas y cambiando el tono anterior por uno más alegre.) Pues déjenme ustedes sola.

PRIM. Vacilarás al verte delante de él. Piensa que es su porvenir.

TRINI. Esté usted tranquilo..

(Entran Primitivo y Flavio en la primera derecha. Por el jardín entra PERFECTO.)

PER. (Entrando.) ¡Lo que tarda mi tío! Estoy impaciente hasta saber para qué... (Al ver que no hay nadie, pues Trini debe estar colocada un poco al foro.) Por lo visto están en el despacho. Si pudiera... (Entra en el gabinete y ve a Trini.) ¡Eh! ¿Tú?

TRINI. (En un tono jovial y alegre.) Sí, yo. ¿Por qué te asombras?

PER. ¿Cómo que por qué? Trini, ¡tú te has vuelto loca?

TRINI. (Riendo y cariñosamente.) ¿Y ahora te das cuenta? Pues ya hace un puñao de meses, pasan de treinta, que llegaste tú a quitarme el poco juicio que tenía...

PER. ¿Pero a qué has venido? ¿No comprendes que mis padres...?

TRINI. No tengas cuidado. Los he visto hace un momento salir con tu tío... Estamos solos...

PER. Sí, pero pudieran volver.

TRINI. ¡Bah! Cuando vuelvan ya no estaré yo aquí. (Acercándose a él cariñosamente.) No te apures, hombre; deja esa actitud y mírame como siempre, no con esa mirada que parece que quieres confundirme...

PER. ¡Bueno! ¿Pero a qué has venido?

TRINI. He venido a... despedirme de tí.

PER. (Con asombro,) ¿A despedirte?

TRINI. Ya puedes figurarte que de no ser una cosa así... Nos hubiéramos visto luego... Como siempre... pero tengo los minutos contaos: Dentro de media hora he de estar en la estación del Mediodía.

PER. (Cada vez más asombrado.) ¿En la estación?

TRINI. Sí, hijo, sí: el expreso de Andalucía me va a llevar hasta Cádiz, y desde Cádiz el «Infanta Isabel» me va a llevar hasta Buenos Aires.

PER. Y a mí el tranvía de Carabanchel me va a llevar a Leganés, porque una de dos: o yo estoy loco o tú te estás burlando.

TRINI. No, Perfecto, no; te hablo en serio. Me voy a Buenos Aires.

PER. ¿Que te vas?

TRINI. Sí, ¡qué quieres! Una contrata ventajosísima... Unas condiciones como a nadie... Muchos miles de pesos..

PER. (Casi loco.) ¿Pero hablas en serio?

TRINI. Sí, hombre. sí. (Cariñosamente.) Tú no debes disgustarte... se trata de mi porvenir, de asegurar mi vida de artista... Claro es que me cuesta separarme de tí... Sí, no lo dudes, me cuesta más de lo que tú te puedas imaginar, pero yo no te olvidaré nunca, y la lejanía tendrá para mí el encanto de tu recuerdo. Además, yo te escribiré todos los correos, te contaré mi vida, mis triunfos, y así, poco a poco, mientras yo me voy haciendo una gran artista, tú, en la soledad de tu estudio, te vas haciendo todo un señor ingeniero, dejándote de esta vida azarosa e inquieta y pensando en que yo he de volver alguna vez y que mis brazos no se han de cerrar nunca para tí. (Haciendo una transición y enjugándose una lágrima.) ¡Anda, qué tonta! ¿Pues no...? ¡Me he puesto cursilita! Pero tú me lo perdonas, ¿verdad?

PER. Yo te lo perdono todo, todo, menos que te vayas.

TRINI. ¿Pero no has oído que se trata...?

PER. Sí, lo he oído: de tu porvenir, de tu gloria, pero para mí, ni tu porvenir ni tu gloria son bastantes a compensarme de la pena de esta separación. Además... ¡qué se yo! Me parece que es mi vida, que son mis locuras las que te empujan a abandonarme, que es

el temor de que mi proyectado casamiento se formalice lo que te arrastra a otras tierras, y ya te he dicho mil veces que llegado el momento reñiré la batalla, y si es preciso me iré del lado de mis padres.

TRINI. Te digo que no es eso.

PER. Sí lo es.

TRINI. (Vacila, parece que va a renunciar a su propósito de sacrificarse... Mira a la puerta del despacho y se rehace.) No, Perfecto, no.

PER. Entonces, es que sobre mi cariño está el cariño que sientes por ser una estrella, el afán por ganar mucho dinero, ¡y que el escenario y el brillo y los aplausos puedan más en tí que yo! Es eso, ¿verdad?

TRINI. (Con miedo pero queriendo acabar la situación.) Sí... claro, que a una ..

PER. Está bien... Entonces, vete.

TRINI. Ahora que...

PER. Que te vayas te digo.

(Pausa. Trini vá, poco a poco y cara al público, retirándose dolorosamente hacia la puerta del foro. Perfecto, frente al público, queda vuelto de espaldas a ella y cae desolado en una butaca. Trini, al llegar a la puerta, hace ademán de volver de nuevo al lado de Perfecto, pero como si recordase su palabra, se decide y con un sollozo que apenas se siente, desaparece por el foro.)

PER. (Al darse cuenta de que se ha ido, se dirije al foro gritando.) ¡Trini! ¡Trini!

PRIM. (Saliendo, seguido de FLAVIO.) Déjala que se vaya; esa mujer tiene más conciencia de la vida que tú, que ni un momento has pensado en el dolor que echabas sobre nosotros con tu conducta, ni las amarguras que este pobre... (Por Flavio.)

FLAVIO (Cortándole.) Oye, tú, por mí no le regañes; lo mío no importa.

PRIM. Ahora, cuando tu madre conozca toda la verdad, cuando sepa...

FLAVIO (Sin dejarle acabar.) ¡Que te crees tú eso! Tú, a quien la casualidad o lo que sea, ha descubierto la farsa, bueno; pero a Casimira, a Casimira no se le dice ni una palabra. Ella, que adora en su hijo... que es su sueño... su vida... ¡Sería matarla! No; para Casimira, el sinvergüenza he sido yo; y si éste no puede enmendarse, el sinvergüenza sigo

siéndolo yo. Así como así, ya me he acostumbrado.

CAR. (Saliendo por la segunda derecha.) La señora pregunta por el señor y por usted. (A Perfecto.) Quiere levantarse...

FLAVIO Pues dile que ahora mismo entramos... es decir, entran estos, porque si me vé a mí, recae.

PRIM. Bueno. Y el médico, ¿qué ha dicho?

CAR. Que no era grave, pero que no debíamos descuidarla.

PRIM. ¿Pero no ha recetado, ni le ha puesto un tratamiento?

CAR. Sí, señor, le ha puesto un tratamiento.

PRIM. ¿Cuál?

CAR. Treinta días a dieta; duchas frías por las mañanas, y por las tardes que se suba corriendo la Cuesta de las Perdices.

PRIM. ¿Que se suba corriendo la Cuesta de las Perdices? ¿Eso es un tratamiento?

FLAVIO Eso es un tratamiento para una motocicleta.

PRIM. Bien; dígale usted que lo del señorito, afortunadamente, no era nada, y que ahora mismo pasamos.

(Carola hace mutis.)

FLAVIO Y créeme, Primitivo, a ella ni una palabra; que siga creyendo que soy yo, que me siga odiando; que Dios, que todo lo ve, hará que algún día se enmiende ese para que pueda enmendarme yo.

PRIM. (Emocionado abrazándole.) ¡Hermano de mi alma!

PER. (Corriendo también a abrazarle.) ¡Tío de mi vida!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Indicaciones relativas a los personajes de esta obra

Trini.—Artista de *varietés.* Joven; muy locuaz y alegre; nerviosa, apasionada. Viste elegantemente.

Doña Casimira.—Esposa de Primitivo. Señora de unos 40 o 50 años; frescota, bien cuidada y sobriamente distinguida.

Misericordia.—Tía de Trini. De edad y condiciones parecidas al anterior personaje, salvo la distinción. Va ataviada con rebuscamiento de mal gusto y alhajada con numerosas joyas baratas; pero de relumbrón.

Don Flavio Sobrino o *Tito Flavio.*—Hermano de Don Primitivo. Afable, cómicamente resignado y de una gran timidez, en la que se adivina un matiz de ironía. Aparentará 50 años. Viste bien pero con dejadez. Como a este personaje se le describe en la conversación que en el primer acto sotiene Caro con Primitivo y Casimira, se suprimirán en aquellos diálogos las frases que no se acuerden con el tipo del actor que se encargue de este papel.

Perfecto Sobrino.—Joven, hijo de Primitivo. Elegante sin fatuidad. Carácter alocado y voluble, inquieto y vehemente.

Don Primitivo Sobrino.—Es un señor grave y campanudo en el hablar, pausado de ademanes. Ha de representar unos 55 años. Lleva barba entrecana. Usa gafas. Viste con elegante seriedad.

Caro.—Es el proto-tipo del prestamista de los barrios bajos de Madrid; usurero, mezcla de enredador de juzgados y de matón. De 45 a 50 años. Decentemente vestido aunque algo achulado.

Domingo.—Criado. Algo socarrón. En el primer acto está en mangas de camisa con delantal alto, rayado; camisa impecable con cuello cerrado muy subido; pantalón y botas negros. En los actos segundo y tercero, lleva traje negro muy correcto. Representará tener 25 años.

El doctor Corbejón.—Hombre violento de aspecto terrible. Barba negra y revuelta, medio calvo. Traje negro, descuidado.

Camarero.—Tipo corriente entre los de su oficio. Traje negro. Mandil y servilleta blancos, rosquete de tela arrollada sobre la cabeza, para soportar el peso de la bandeja de madera.

NOTA

Los autores ruegan a los Directores de Compañía que deseen poner en escena este juguete cómico, tengan la bondad de estudiar detenidamente la descripción de las decoraciones, mobiliario y accesorios que se hace al principio de cada acto, así como las acotaciones que van intercaladas y que se han considerado indispensables para obtener los efectos que se proponen.

Así mismo, suplican a los actores que hayan de tomar parte en la ejecución de esta obra, que hagan una lectura detenida de ella para llegar al conocimiento, no ya, sólo, del carácter del personaje que ha de encarnar cada uno, sino del de los demás que integran la comedia, dándose así cuenta exacta del ambiente general en que se mueven, a fin de llevar la representación de aquélla al grado de unidad y de conjunto que se pretende alcanzar.

A este conocimiento y al cariñoso interés que pusieron en el estudio de sus papeles los artistas que la estrenaron, se ha de atribuir en gran parte el éxito conseguido por esta producción, hecho que los autores se complacen en hacer público enviándoles desde aquí el testimonio de su admiración y sincero reconocimiento.

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, ídem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, ídem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto.
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas*.
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un acto.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La vírgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La toreria, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.

La mulata, zarzuela en tres actos.
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem, íd.
El rey del valor, ídem íd.
El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, zarzuela en un acto.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos.
El tren rápido, juguete cómico en tres actos.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, juguete cómico en dos actos.
Sierra Morena, boceto de sainete, original y en prosa.
Las alegres colegialas, zarzuela en un acto.
El velón de Lucena, magia en cuatro actos.
La bendición de Dios, sainete en dos actos.
El infierno, comedia en tres actos.
El asombro de Damasco, zarzuela en dos actos.
El río de oro, viaje cómico en dos actos.
El viaje del rey, juguete cómico en tres actos.
La gentil Mariana, juguete cómico en dos actos.

Nieves de la Sierra, comedia en tres actos.
El Rey del Tabaco, melodrama en tres actos y un prólogo.
El niño judío, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros.
Los cien mil hijos de San Luis, juguete cómico en tres actos.
Juanito y su novia, diablura cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
Muñecos de trapo, farsa cómico-lírica en dos actos.
Pancho Virondo, comedia en dos actos.
La Garduña, zarzuela en dos actos, el segundo dividido en tres cuadros.
Las aventuras de Colón, humorada lírica en dos actos, divididos en seis cuadros.
El padre de la patria, juguete cómico en tres actos.
El pobre Rico, juguete cómico en dos actos.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Los baños de sol, comedia en tres actos.
La caída de la tarde, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros.
¡¡Tío de mi vida!!, juguete cómico en tres actos.

5089

OBRAS DE JOSÉ SÁNCHEZ GERONA

La jaula del loro, juguete cómico en un acto.
El sombrero hongo, juguete cómico en un acto.
La caída, juguete cómico en un acto.
La bella Colombina, comedia en dos actos.
Rocambole, melodrama en un prólogo y cinco actos.
La venganza de una favorita, melodrama en tres actos.
Las de capirote, juguete cómico-lírico en un acto.
El beso de San Silvestre, entremés cómico-lírico.
El maestro Catón, juguete cómico-lírico en un acto.
¡Si yo fuera rey!, zarzuela en dos actos.
¡¡Tío de mi vida!!, juguete cómico en tres actos.

Precio: CUATRO pesetas.